HENRI BERNSTEIN

BAJO LA ZARPA
(LA GRIFFE)

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1922

BAJO LA ZARPA

(LA GRIFFE)

DALMAU, YUSTE Y BIS, IMPRESORES.-RONDA S. PABLO, 42.-BARCELONA

9

HENRI BERNSTEIN

BAJO LA ZARPA

(LA GRIFFE)

Comedia dramática en cuatro actos

▫

VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS HERMANOS

D. José y D. Hipólito Rodríguez de la Peña

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid
la noche del 4 de Mayo de 1917



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
Industria, 204

PERSONAJES

ANTOÑITA (TOTO). . . .	Srta. Robles
ANA CORTELÓN	» Muñoz
LA SEÑORA DE LECERF . .	» García
VIRGINIA	» López
UNA MODELO	» Vigo
LA SEÑORITA DE LECERF .	» Grao
LA ABUELA.	
AQUILES CORTELÓN . . .	Sr. Muñoz
JULIO DOULERS	» Gil
VICENTE LECLERC . . .	» Mancha
PABLO IGNACIO	» Domínguez (M.)
NATHANIEL.	» Santamaría
GERMÁN LEROY	» Domínguez (L.)
GERARD.	» Béjar
UN OFICIAL	» López Silva
UN UJIER	» Calvo
GERMOT	» Salinas
EL JOVEN LECERF . . .	» Roca
UN CRIADO.	» Diez



ACTO PRIMERO

Comedor, que es salón al propio tiempo. Muebles y tapices denotando visible estrechez económica.

ESCENA PRIMERA

DOULERS, *luego* PABLO IGNACIO, *después Antoñita.*

(Al levantar el telón, Doulers, vestido con un batín raído y sórdido, marcha de un lado a otro de la escena a grandes pasos. Está sumido en profundas reflexiones. Escena muda. Luego, una voz femenina y cascada, que viene de la habitación del fondo, tapada en parte por una cortina y cuya puerta está entreabierta, dice :)

LA VOZ — ¡ Julio !

DOULERS — *(Huraño.)* ¿ Qué pasa ?

LA VOZ — Tengo sed.

DOULERS — ¡ Chist ! *(Vuelve a pasear. Llaman. Entra Pablo Ignacio.)*

PABLO — Acabo de encontrar tu carta en el periódico y he venido corriendo. ¿ Es urgente lo que me tienes que... ?

DOULERS — Muy urgente... muy urgente... Verás, se trata de... Pero siéntate, hombre, siéntate.

PABLO — *(Inquieto.)* Gracias. *(Se sienta.)*

DOULERS — Son dos palabras. ¿ No quieres tomar nada ?

PABLO No, gracias, no. Tengo mucho calor y cualquiera cosa me haría daño... Decías...

LA VOZ ¡ Julio !

DOULERS A ver si te callas y nos dejas en paz. ¡ Menuda lata !

PABLO ¿ Es tu madre ?

DOULERS Sí. Y completamente (*hace un signo para indicar que está borracha*), para variar. Ha sido preciso acostarla. Y así todos los días. Ni que la encerremos, ni que escondamos las botellas... no nos sirve de nada. ¡ A los setenta y dos años ! Te digo que es una delicia.

PABLO ¡ Bah ! Ya estás acostumbrado.

DOULERS Sí... pero hoy me irrita más, porque espero a Cortelon...

PABLO ¿ Cómo ? ¿ Va a venir el director aquí ?

DOULERS Sí ; y como casi siempre que viene, está mamá en ese estado... ¡ Un encanto !

PABLO Me asombras, chico. ¿ Pero es que el director frecuenta vuestra casa ?

DOULERS (*Tratando de quitar importancia.*) Sí..., es decir, como estamos a dos pasos de la Redacción... De vez en cuando, al pasar, sube a tomar una taza de te... ¿ No te lo había dicho ?... En la Redacción no digo una palabra, ¿ sabes ? Por no despertar celos... Ya conoces a los compañeros.

PABLO Pero...

DOULERS Bueno, mira, entre compañeros como nosotros no vale la pena de andar con rodeos. Precisamente te he llamado a causa de estas relaciones con Cortelon. Pablo, tú estás enamorado de mi hija.

PABLO ¡ Claro ! Y somos novios.

DOULERS ¡ Novios !... ¡ Novios !... Oficialmente, no.

PABLO Es igual que si...

DOULERS Bueno, bien... ¡ Si yo hasta te confieso que miraba este matrimonio con buenos ojos ! Tú eres un buen muchacho, no eres muy

ambicioso, pero tienes un corazón de oro. En fin, te digo que tú nos agradabas mucho... mucho... a los dos... (*Pausa.*)

PABLO Bueno, acaba.

DOULERS Pero, chico, en la existencia hay a veces crueles necesidades que...

PABLO ¿ Qué quieres decir ?

DOULERS Que Cortelon está enamorado de Antoñita y se quiere casar con ella.

PABLO ¿ Ese viejo ?

DOULERS ¡ Hombre ! Muchas gracias. Te advierto que Cortelon tiene mi edad... Cuarenta y nueve años... Pero, en fin, no discutamos. Comprendo tu pena y la comparto... te aseguro que la comparto. Pero tú mismo te harás cargo que yo, como padre de familia, no puedo ni dudar siquiera.

PABLO ¡ Cómo ! ¡ Pero, entonces, es que yo he venido a oir mi sentencia ! Y me la comunicas así, fríamente... ¡ Es horrible !

DOULERS ¿ Pero qué me reprochas ? Se presenta para mi hija un partido inesperado, único. ¿ Y querrías tú que ella lo sacrificara ?... ¡ Reflexiona, hombre ! Tú, que estimas su felicidad más que la tuya propia, ¿ qué le aconsejarías ?

PABLO ¡ Tus frases ! ¡ Tus frases ! ¡ Conozco tus frases, las leo en tus artículos, y ahora te sirves de ellas para anunciarme una catástrofe ! (*Pausa.*) ¡ Es para volverse loco ! Yo que he subido la escalera tan contento... Pero, en fin, ¿ dónde está Antoñita ? Déjame hablarla, por lo menos.

DOULERS (*Cariñoso.*) No, ahora no. Espera dos o tres días. Es menester que tú y ella os vayáis acostumbrando a esta idea. Tú mismo confiesas que estás loco de dolor. La pobre Totó también está triste... nerviosa. No conviene que os veais hoy. Una entrevista contigo la trastornaría, y ya te he

dicho que esperamos al director de un momento a otro.

PABLO (*Abatido.*) ¡Me parece un sueño! Cuando pienso que el domingo pasado estuvimos comiendo los tres, tan alegres... y no me dijísteis nada...

DOULERS Yo quería estar completamente seguro... No darte un disgusto inútil.

PABLO (*Casi con lágrimas.*) ¡Es decir que todo ha terminado! ¡Todo! Nuestros paseos, nuestras meriendas en el campo, cuando íbamos los tres, sin tu madre... Quiero decir, cuando tu madre estaba... enferma.

DOULERS Sí, nos quedarán de ti recuerdos muy agradables. (*Resueltamente.*) Vamos, Pablo, vamos.

PABLO (*Como respondiendo a sus pensamientos.*) No, no, no.

DOULERS ¿Qué, no?

PABLO Ese matrimonio no se hará. Yo no quiero perder a Antoñita.

DOULERS Cálmate, Pablo.

PABLO No me calmo. Antoñita me quiere, yo la quiero y tú lo sabes. ¿Con qué derecho nos vas a impedir?...

DOULERS Yo te hablo en nombre de ella.

PABLO Es decir, que la tienes sometida a tu tiranía, a tus caprichos. Para atrapar al Director, obligas a tu hija...

DOULERS ¡Ah! Si tomas las cosas así hemos acabado. Yo te creía un muchacho razonable, un hombre. Me he equivocado; tómalo como te dé la gana.

PABLO No te quepa duda. Voy a buscar a Cortelon. Le enseñaré las cartas de Antoñita... Cortelon es un hombre recto; ya veremos si va a querer ser tu cómplice.

DOULERS Si piensas un instante en hacer lo que dices, eres un miserable.

PABLO Me tiene completamente sin cuidado todo

lo que digas. Bastante te has burlado de mis escrúpulos. Ya no los tengo. Yo soy como tú.

DOULERS (*Furioso.*) ¿Es a mí a quien tú dices eso?

PABLO Así parece.

Antoñita aparece bajo el dintel de la puerta de la izquierda. Pablo vuelve a otro lado la cabeza para ocultar su cara llena aún de lágrimas.

ANTOÑITA ¡Qué escándalo!

DOULERS Es el señor... El señor que me insulta...

ANTOÑITA (*Yendo hacia Pablo.*) Buenos días, Pablo. (*Pausa. Pablo tiene los ojos vueltos a otro lado con obstinación.*) ¿No quiere usted darme la mano? (*Pablo le tiende la mano, sin mirarla.*) Papá, ¿quieres dejarnos solos un momento?

DOULERS Pero... ¡que va a venir!

ANTOÑITA Tardará aún media hora.

DOULERS Bueno, nada de gritos, y acabad pronto. No es este el momento de cometer imprudencias.

ESCENA II

ANTOÑITA, PABLO, *luego* DOULERS.

Largo silencio, durante el cual Pablo lanza grandes suspiros.

ANTOÑITA ¡Pablo! (*Le coge una mano.*)

PABLO ¿De modo que es verdad, Antoñita?

ANTOÑITA (*Hace un gesto, resignada, y suspira.*) ¡Ay!

PABLO (*Sofocado.*) ¡Uf! (*Pausa.*)

ANTOÑITA ¡Ah! Si yo fuera sola en el mundo. Pero tengo que pensar en los míos... Mi pobre abuela...

LA VOZ ¡Toto!

ANTOÑITA (*Brusca.*) ¡Cállate, abuela!

LA VOZ ¡Toto! ¿Es Pablo?... ¿Es usted, Pablo?

PABLO Sí, señora; yo soy.

ANTOÑITA Deja en paz a Pablo, abuela.

PABLO Yo no puedo creer que en un día hayas tú olvidado tus juramentos.

ANTOÑITA ¡Chist!...

PABLO Piensa en...

ANTOÑITA ¡Cállese usted!

PABLO Piensa en nuestro cuartito, en el nido que ya no verás más. En nuestras entrevistas allí por las tardes. Estabas tan bonita, que parece que te veo, cariñosa y ardiente... ¿Y quieres tú que yo olvide todo?... ¡No, no, no puedo!

ANTOÑITA ¡Cállate!...

PABLO ¡Cómo podré olvidar yo que te he tenido!

ANTOÑITA ¡Cállate!...

LA VOZ (*Cantando.*) Cuando levanto los ojos, veo en el cielo una estrella... (*La voz se apaga.*)

ANTOÑITA Hace usted mal, Pablo, en martirizarme así.

PABLO ¿Y yo? ¿No estoy yo martirizado?

ANTOÑITA Escuche usted, Pablo. No insista usted; es mi deber y no transigiré.

PABLO Entonces...

ANTOÑITA No tengo el derecho de pensar en el pasado... por lo menos en este instante. Pero no se desespere usted. Tal vez el porvenir no será tan triste para nosotros como usted se lo imagina. ¿Me ha comprendido usted?... Pero es preciso que me jure usted que nunca, jamás, dirá usted una palabra de lo pasado...

PABLO ¡Antonia! ¿Me cree usted capaz de una canallada?

ANTOÑITA No, no; yo sé que usted es un muchacho honrado y leal...

DOULERS (*Entrando por la izquierda.*) Van diez minutos.

PABLO — Antes no eras tan escrupuloso.

DOULERS — Antes no tenía que dar cuentas más que a mi conciencia. Hoy, es muy diferente.

ANTOÑITA — ¡No disputéis más!... Bastante sufro ya sin esto... ¡Ea!, daos la mano.

DOULERS — Por mí, con mil amores. (*A Pablo.*) Chócala. (*A Antoñita.*) Pablo se ha enfadado... Los nervios... No, si se comprende... ¡Pobre muchacho! (*A Pablo.*) Pero te quedo yo... Me tienes a mí, hombre. ¿Hay nada mejor en el mundo que un buen amigo? ¡Ya verás, ya verás!

PABLO — (*Después de un largo silencio.*) Me voy. (*Nueva pausa.*) Adiós, Antonia.

ANTOÑITA — Hasta la vista, Pablo.

DOULERS — Tú y yo nos veremos a la noche en el periódico. (*Nuevo silencio.*)

PABLO — (*Buscando con la vista.*) ¿Mi sombrero?... ¡Ah! sí; creo que lo dejé en el recibimiento... ¡Vaya, adiós! (*Se dirige hacia la puerta.*)

DOULERS — ¡Un poco de valor, caramba!

PABLO — ¡Qué remedio me queda! ¡Vaya, adiós! (*Sale encorvado y como abrumado.*)

ESCENA III

ANTOÑITA, DOULERS, *luego* VIRGINIA.

DOULERS — Bien has domesticado al mozo. ¡Hay que ver cómo se resistía!

ANTOÑITA — ¡Pobre muchacho!

DOULERS — (*Sacando el reloj.*) Oye, el viejo está para llegar.

ANTOÑITA — ¡No empieces otra vez a ponerte nervioso!

DOULERS — ¡Admirable! ¡Cualquiera diría que es mi mano la que viene a pedir!

LA VOZ — ¡Toto! ¡Julio! Traedme un poquito de

ron! ¿Me oís? ¡Toto!...

DOULERS Nos va a dar el día. Creí que se había dormido ya. (*Gritando.*) ¿Te vas a callar de una vez? (*A Antoñita.*) Voy a darle un poco de ron, a ver si se duerme. Si no, va a empezar a dar gritos cuando esté aquí Cortelon.

ANTOÑITA Échale bastante agua.

DOULERS (*Que ha ido al aparador a coger una botella de ron y un vasito.*) Sí, sí, agua... ¡Cualquiera le da gato por liebre! Cuando estés casada, la cuidaremos mejor. (*Entrando en la habitación del fondo.*) Toma, mamá; aquí tienes tu medicina... Pero que no se te oiga más. (*Vuelve de nuevo al salón, cierra con llave la puerta de la habitación de la abuela y toca un timbre.*) Verás como ahora se calla. (*Entra Virginia.*)

VIRGINIA ¿Llamaban los señores?

DOULERS Virginia, ¿no habrá usted olvidado lo que tiene que decirle al señor Cortelon en cuanto llegue?

ANTOÑITA Papá, es la tercera vez que se lo repites... Deja ya en paz a la muchacha.

VIRGINIA ¡Sí, me acuerdo muy bien, señorita! Cuando me pregunte quién está en la casa, le responderé que están ustedes todos y que la señora está acostada por causa del reuma.

DOULERS ¡Perfectamente!

VIRGINIA ¿De modo que ya ha llegado el día grande, señorita?

ANTOÑITA Sí, Virginia. Y si todo nos sale bien, no tendrá usted que quejarse de nosotros.

VIRGINIA Lo que yo quiero es que usted suba, señorita, que usted triunfe. Usted lo merece mejor que otras. ¡Lo que yo quiero es que tenga usted suerte!

ANTOÑITA Gracias, Virginia. (*Sale Virginia.*)

DOULERS (*Frotándose las manos.*) Esto va muy bien. Ahora sólo falta que Cortelon se declare.

ANTOÑITA Se declarará seguramente.

DOULERS ¡Seguramente! ¡seguramente! ¿Por qué dices seguramente?

ANTOÑITA ¡Porque yo quiero! Porque si yo hubiese querido, se hubiera declarado ya.

DOULERS ¡Las mujeres sois capaces de trastornar a un santo!

ANTOÑITA ¡Chist! Han llamado.

DOULERS (*Corre hacia la izquierda a grandes pasos silenciosos y dice a media voz.*) ¡Emociónate! (*Virginia introduce a Cortelon.*)

ESCENA IV

CORTELON, ANTOÑITA.

ANTOÑITA ¡Caramba! ¡el Director!... ¡Qué agradable sorpresa!

CORTELON ¿No me esperaba usted? Es verdad, me hago pesado. ¡Una visita todos los días!...

ANTOÑITA ¡No diga usted eso, por Dios! Las visitas de usted agradan aquí a todo el mundo! Es que yo acabo de llegar ahora de la calle y no me había dado cuenta de la hora.

CORTELON Tiene usted un traje muy bonito.

ANTOÑITA ¡Se va usted a burlar! Lo he hecho yo misma... Yo me hago siempre todos mis trajes. (*Pausa. Cortelon la mira. Ella está como azorada.*) Creo que papá está aquí al lado, trabajando. Voy a...

CORTELON (*Deteniéndola.*) Perdóneme usted un momento... Tengo que decirla algo que no concierne más que a usted y a mí... ¿Le da a usted miedo esto?

ANTOÑITA (*Cándida.*) ¡Miedo! ¿Por qué?

CORTELON ¿La molesto a usted?...

ANTOÑITA No, señor, al contrario. Papá está siempre en el periódico, y cuando está en casa se pasa la vida escribiendo! ¡Yo estoy todo el tiempo sola... sin hablar con nadie!...

CORTELON Y hoy el paseo...

ANTOÑITA Vea usted... Con el tiempo que hace...

CORTELON Sí, hace un tiempo frío.

ANTOÑITA ¡Y húmedo!... Es un tiempo de catarros.

CORTELON Sí, es verdad; todo el mundo está acatarrado. (*Pausa.*) ¿Conque no la asustaría a usted un ratito de conversación seria con un viejo como yo?

ANTOÑITA Pero, señor Cortelon, ¿por qué?...

CORTELON Llámeme usted director.

ANTOÑITA Es verdad... Pues bien, director, ¿sabe lo que sospecho? Sospecho que es usted un poco coquetón. ¡Todas esas bromas sobre su edad es para que se le diga que no es usted tan viejo!

CORTELON ¡No! ¡no! Yo tengo veintiocho años más que usted, hija mía. ¡Un cuarto de siglo! Esto pesa mucho sobre las espaldas, por robustas que se tengan. Y luego, que los años de combate se cuentan por el doble... Yo he tenido siempre la vida por un combate. Y sucede en todas las batallas, ¿sabe usted?, que hay un momento en que los acontecimientos se dibujan. Yo estoy ahora en ese momento. Después de muchos años de trabajo y de desvelos, he conseguido que mi periódico realice mis sueños. Todos los socialistas reconocen ya a «El Popular» como el órgano del partido. He agrupado a mi alrededor una redacción de jóvenes de positivo talento... Estos discípulos son mi mayor orgullo... Pero temo aburrirla a usted...

ANTOÑITA ¡Aburrirme! Lo que estoy es verdaderamente turbada de que un hombre como

usted consienta en...

CORTELON No crea usted, hija mía, que yo trato de llevar la conversación por caminos estraviados para decirle a usted... No, eso sería una falta de franqueza y yo soy muy franco... Pero antes de decirle a usted lo que tengo pensado, quiero que sepa usted cosas de mí. (*Movimiento de protesta de Antoñita.*) Déjeme usted continuar. Hace siete años perdí a mi mujer. Era muy buena y me quería mucho. Ella ha sido la víctima de mis campañas. A mi lado sufrió un período de luchas feroces que acabaron con su salud. Esas injurias terribles que se lanzan los hombres políticos son como balas perdidas que hieren muchas veces un corazón al que no habían apuntado.

ANTOÑITA Debe ser una cosa horrible abrir un periódico, temblando, y ver cómo insultan al marido de una.

CORTELON Y luego, que es una angustia que persiste... Este oleaje de la política empaña fácilmente una reputación... hunde una popularidad.

ANTOÑITA ¡Qué importa, si se ama!

CORTELON ¡Caramba!... Además, yo necesito que me ataquen... Entonces lo veo todo rojo y me lanzo... ¡Pero a mi pobre mujer me la han matado! Desde entonces vivo con mi hija. No he querido presentársela a usted antes de que tuviéramos esta entrevista. Es un poco arisca... Además, como yo estoy muy poco en casa, casi no nos vemos. Yo me pasaba la vida consagrado al periódico, hasta que un día... Vea usted, ya he llegado al punto difícil. ¡Cuánto daría yo por ser ahora un cualquiera!... Un muchacho cualquiera... Cuando se es joven, estas confesiones son naturales, ingenuas... Pero, en fin, usted lo ha adivinado ya... Sí...

Eso es... Me enamoré en seguida... Ya lo he dicho; ahora lo demás es fácil. (*Se limpia la frente.*)

ANTOÑITA Señor Cortelon...

CORTELON ¡Cállese usted! ¡cállese usted! Escúcheme un momento más. ¡Yo la amo a usted como se ama al regreso, cuando se dice uno mismo que es quizá la última vez!... ¡La evoco a usted con tanta intensidad, que su forma ha llegado a ser para mí una forma viva, aunque no la tenga delante de los ojos! No puedo mirar un cuadro, una escultura, una mujer, sin que se interponga la visión de su sonrisa, de su nuca altiva, de sus hombros, de su busto, de su talle... ¡Ah! Estoy cogido de pies a cabeza. Usted no sospecha nada, ¿verdad? Estoy seguro que usted estaba completamente ajena a todo... He tratado de luchar contra esto, pero ¿qué consigue uno con desgarrarse a sí mismo?... Yo me creía un sabio, me había fortificado en mis desilusiones, en mi experiencia de la vida; quería cultivar ambiciones ideales, todo esto ha venido a tierra. ¡Lo ha derribado usted con sus manos! Le digo a usted estas cosas de una manera desordenada, como me acuden a la imaginación. Ahora ya sabe usted lo esencial. Yo soy bastante más viejo que usted; llevo una vida que a usted, que está en plena juventud, le parecerá un poco austera y triste. Yo soy un hombre honrado. Jamás he querido a nadie como la quiero a usted... ¿Quiere usted ser mi mujer? Si usted me dice que no, sufriré, pero, en fin, la quiero tanto, que si comprende usted que no ha de ser feliz, prefiero que me diga que no... ¡Ya lo sabe usted todo! (*Largo silencio. Antoñita parece embargada por una gran emo-*

ción.)

ANTOÑITA ¡Director!... Una pregunta. Es dolorosa, pero necesaria... Veo un obstáculo insuperable.

CORTELON ¿Cuál?

ANTOÑITA Si yo me casara con usted, ¿no tendría usted siempre... contra su voluntad, una sospecha?

CORTELON ¿Qué quiere usted decir?

ANTOÑITA Quiero decir que la fortuna de usted, que su posición, ponen una barrera entre nosotros.

CORTELON ¡Una barrera! ¿Usted llama a eso una barrera? En primer lugar, yo no tengo una fortuna. Si la tuviera, la esparciría al viento por usted. Pero... ¿Es que usted no me rechaza? ¿consiente usted?

ANTOÑITA (*Muy dulce.*) No me ha respondido usted, director.

CORTELON ¿Pero cómo quiere usted que responda a una cosa que no tiene sentido? ¡Sospechar de usted! Eso sería sospechar de mí mismo. (*Cogiéndole las manos.*) ¡Déjeme usted ser feliz! ¡Debe ser tan bueno poder dar la felicidad!... No, no, no discutamos. ¡Todo lo que usted pida lo suscribo yo!... Vea usted, yo no había previsto esa objeción. ¡La quiero a usted tanto, que todas esas pequeñeces!... ¡Doulers!... ¡Julio!... (*En el pasillo.*) ¿Dónde está? (*Trae a Doulers a la escena.*)

ESCENA V

Dichos y DOULERS.

DOULERS ¿Qué pasa, director?

CORTELON Mi querido Doulers, Antoñita y yo le anunciamos a usted nuestro matrimonio.

DOULERS ¿Qué?...

CORTELON Lo que usted oye.

DOULERS Pero...

CORTELON Nada, hombre; no ponga usted esa cara; parece que le va a dar una congestión. Comprendo que lo correcto hubiera sido consultarle a usted, pero hemos preferido ponernos de acuerdo directamente.

DOULERS ¿Pero es en serio? ¡Ah! Yo estoy muy contento... Tan contento... que...

CORTELON Sí, sí; no esperabas esto, ¿eh? Dame un abrazo, hombre, dame un abrazo. (*Se abrazan.*)

DOULERS Ahora puedo decírselo a usted. ¡Menuda zozobra se me quita de encima!

CORTELON ¡Cómo!

DOULERS Hace tres meses que esta señorita no deja de hablarme de usted un momento.

ANTOÑITA (*Pudorosa.*) ¡Papá... cállate!

CORTELON No, no, cuénteme usted, cuénteme.

DOULERS No se puede usted imaginar. Yo sé ya que a usted le sientan mejor los trajes oscuros que los trajes claros... Que el sombrero de copa le está mejor que el hongo y que con el flexible está usted mejor todavía que con el sombrero de copa...

ANTOÑITA (*Igual juego.*) ¡Papá!

DOULERS ¿Querrá usted creer que me ha despertado una mañana a las seis para leerme los dos artículos que escribió usted sobre la huelga de los ferroviarios. Usted sabe cuánto admiro yo su talento ¡pero, la verdad, despertarme a las seis de la mañana para leerme sus artículos!... (*Antoñita y Cortelon escuchan con la vista baja y las manos cogidas.*) Y ahora, hablando en serio, yo estaba asustado. Esta chiquilla podía cometer una imprudencia y quizá pensara usted que yo trataba de echarle a mi hija en los brazos.

CORTELON ¿Pero es verdad eso? Esto es demasiado... ¡Demasiado hermoso para mí! Yo, la verdad, esperaba algo... Ya comprenderán ustedes... Pero cómo iba yo a pensar. (*Antoñita suspira y le tiende los brazos.*)

LA VOZ (*Apagada.*) Veo en el cielo una estrella...

CORTELON (*Señalando la puerta.*) Han llamado.

ANTOÑITA ¡Es la abuela! Hoy parece que está peor...

CORTELON ¡Pobre mujer! ¿No le podremos dar la buena noticia?

DOULERS Hoy no hay manera. Cuando está con las crisis, lo mejor es dejarla sola... Que no vea ni oiga nada... Hemos puesto esa cortina...

CORTELON (*Compadecido.*) ¡Pobre!... (*Una pausa.*)

ANTOÑITA ¡Es la gran tristeza de nuestra vida! (*Una pausa.*)

CORTELON Mi hija tiene que venir a buscarme al periódico para una visita que vamos a hacer juntos. Voy por ella y la traeré para que conozca a Antoñita. Antes de media hora estaremos aquí.

ANTOÑITA Sí, sí; vengan ustedes pronto. Yo tengo muchas ganas de conocer a Anita. ¡La voy a querer tanto!...

(*Doulers y Antoñita acompañan a Cortelon. Se despiden en la antecámara.*)

ESCENA VI

ANTOÑITA, DOULERS, *luego* VIRGINIA.

(*Se miran un momento sonriendo y luego:*)

DOULERS ¡Ya cayó! ¡Ya cayó! Ya cayó!

LOS DOS (*Bailan alrededor de la mesa.*) ¡Ya cayó!

VIRGINIA (*Asomando la cabeza.*) ¡El señor y la señorita bailando! ¡Esto es buena señal!

DOULERS ¡Ya cayó, Virginia; ya cayó! A usted la nombraremos ama de gobierno. ¡Esos

indignos menesteres de los fregados y de la cocina tendrá usted quién se los haga!

ANTOÑITA Virginia, le voy a comprar una canastilla a su chica y le pondré una cartilla en el Monte.

VIRGINIA ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! (*Limpiándose la boca con el dorso de la mano.*) ¿Me permite la señorita que la abrace? (*Abraza y besa a Antoñita y estrecha la mano de Doulers.*) Hoy es un buen día para todo el mundo, ¿no es verdad, señor?

DOULERS Sí, Virginia, sí. ¡Buena muchacha, esta Virginia! ¿Qué dice usted, señora directora?

ANTOÑITA Digo que sí, señor redactor-jefe. (*Ríen y se abrazan.*)

VIRGINIA Estoy muy contenta... Muy contenta, por la señorita y por el señor también. (*Vase Virginia.*)

DOULERS Oye, Toto, ¿qué te parece si trajéramos un poquito de Champagne? ¿Eh? ¡Para Cortelon y su hija, que van a venir!...

ANTOÑITA No sé si será costumbre...

DOULERS ¡Qué importa eso! Voy a bajar por un par de botellas... Virginia no sabe escogerlas... De seis pesetas la botella, ¿eh?

ANTOÑITA ¡De seis pesetas va a ser malo! Tráelas de ocho.

DOULERS Es que no tengo más que diez pesetas.

ANTOÑITA Pídele a Virginia, que le pagué ayer el mes.

DOULERS Uno de los meses, querrás decir. (*Al salir, se tropieza con Leclerc, que entra.*) ¡Anda, Lecrec! Si tienes ganas de sorpresas, llegas a punto de caramelo. Antoñita, tú puedes darle la noticia oficial...

ESCENA VII

ANTOÑITA, LECLERC, *luego* DOULERS.

LECLERC Yo adivino la noticia esa.

ANTOÑITA ¿Sí? Pues ande, adivine usted.

LECLERC Permítame usted entonces que la felicite... ¡Usted se casa con el director!

ANTOÑITA ¿Quién se lo ha dicho a usted?

LECLERC (*Secamente.*) He penetrado misterios mayores que ese. Para mí, las pequeñas intrigas de usted son simples travesuras.

ANTOÑITA Sí, sí; es usted clarividente; pero no tiene usted nada de amable.

LECLERC ¿Para la hija de mi compañero, o para la mujer de mi director?

ANTOÑITA ¡Además, es usted estúpido! ¿Quiere usted decirme, de una vez, por qué desde hace tiempo, me habla usted con ese tono arisco y antipático?

LECLERC Se equivoca usted; yo no siento antipatía. Me interesa usted menos que antes; pero nada más.

ANTOÑITA ¿Puedo saber por qué?

LECLERC ¡Pablo Ignacio!

ANTOÑITA ¿Qué quiere usted decir?

LECLERC ¡Oh! Déjese usted de hipocresías. Usted no temerá que yo la traicione, ¿verdad? Pues entonces... ¡Pablo Ignacio!... ¡Pablo Ignacio! ¡Ah! ¡Yo la cotizaba a usted mucho más alta! Yo creía que era necesario algo mejor que eso para... despertar sus jóvenes ardores.

ANTOÑITA ¡Se pone usted insolente!

LECLERC No le disgustan a usted mis insolencias. Usted se estremece de una manera extraña al pensar que un hombre ha penetrado el secreto de sus ojos. La serenidad de los ojos de usted hace mucho tiempo que

me ha desconcertado... Detrás de esa calma, ¡qué marea furiosa de aspiraciones, de codicias, de nobles sueños, de pensamientos horribles, de deseos locos!... ¡No se ofenda usted! Si todas estas cosas no se agitaran detrás de sus ojos, ¿qué sería usted? ¡Una muñeca candorosa y bonita, que sólo serviría para encender las pasiones maduras de Aquiles Cortelon! (*Pausa.*)

ANTOÑITA Usted me reprocha que no haya sido su amante, ¿no es eso?

LECLERC Me atribuye usted un pensamiento mezquino. Pero, además, si yo me lo hubiera propuesto, usted hubiera sido mi amante.

ANTOÑITA ¡Jamás!

LECLERC No diga usted nunca: «jamás».

ANTOÑITA ¿Por qué no ha intentado usted la aventura?

LECLERC ¡Muy sencillo! Le confieso a usted que la he deseado locamente... Tan locamente, que hubiera conseguido mi deseo. Pero yo pensaba que una mujer como usted no se alcanza con tender la mano. «Tienes que consagrarle años enteros—me decía yo—; tienes que montar la guardia alrededor de su corazón!» ¡Y de todos los años de mi vida, yo había pensado que estos fueran los más fecundos y los más audaces! ¿Vale una mujer este sacrificio? Yo he reflexionado sobre esto dolorosamente. Mire usted, he pasado noches verdaderamente horribles... De suplicio. Sobresaltos, tentaciones, remordimientos... Esto me duró unos cuantos días... Después quedé magullado, dolorido, pero he vuelto a coger mi bastón de peregrino y he seguido mi marcha trabajosamente...

ANTOÑITA (*Con vehemencia.*) ¡Le comprendo! ¡Le comprendo!

LECLERC ¡Necesitaría usted muchas palabras como

esas para rescatar un Pablo Ignacio!

ANTOÑITA ¡No me irrite usted!

LECLERC No se lo digo a usted por despecho... Vea usted, su matrimonio con el director lo encuentro admirable. Eso es una liberación, un progreso... ¡Eso es una victoria! ¡Qué desgracia que tenga usted por padre a ese viejo aventurero retrasado!

ANTOÑITA ¡Papá es ambicioso! ¡Supongo que usted no se lo reprochará!

LECLERC ¡Ambicioso! ¡Qué han de ser ambiciosas esas gentes! Su plan es siempre la rapiña en el campo del vecino. Esos desdichados no comprenden que es tonto no ser honrado, que es preciso ser honrado para ser temido, para ser respetado, para ser, en fin... Yo quiero permanecer pobre y que al verme pasar mis enemigos tiemblen. Sin embargo, soy tan ambicioso como ellos... Y más... Mucho más... Pero sólo por mis ideas. ¡No hay otra verdad! Las ideas son eternas y cuando miro a un porvenir en el cual yo no existiré, pero que mis ideas habrán triunfado, siento alegrías como todas esas gentes no sospechan siquiera.

ANTOÑITA (*Tendiéndole la mano.*) Seamos amigos.

LECLERC ¡Siempre! pero la existencia nos separará tal vez.

ANTOÑITA Entonces seguiremos siendo lejana y silenciosamente amigos. ¿Está convenido?

LECLERC Convenido. (*Sonriente. Entra Doulers por la derecha.*)

DOULERS (*Sofocado.*) ¡He subido al galope! El director y su hija están ahí ya... He visto el coche... Me he entretenido un poco con Pomponet, que me lo encontré abajo. ¡Es un buen compañero! ¡Si vieras lo contento que se ha puesto cuando le dije lo de tu boda!

ESCENA VIII

Dichos, CORTELON, ANA *y luego* VIRGINIA.

CORTELON ¡Leclerc!

LECLERC ¡Sí, director!... He venido a pedir unos datos a Doulers, y he cometido una indiscreción involuntaria. Me marcho... Pero si usted me lo permite, seré indiscreto hasta el fin y le felicitaré a usted.

CORTELON Mi querido Leclerc, estoy encantado que sea usted uno de los primeros. (*Se estrechan la mano.*) Y con el permiso de estos señores, le ruego a usted que se quede... Mi querida Antoñita, le presento a usted a mi hija.

ANTOÑITA (*A Ana.*) Estoy muy contenta de pensar que vamos a vivir juntas. Sin haberla visto nunca, la conocía a usted desde hace tiempo... ¿Me permite usted que la bese?

ANA ¿Por qué no, señorita? (*Se deja besar fríamente.*)

ANTOÑITA Usted tiene diez y nueve años, según creo; yo tengo veintidós. La diferencia es pequeña... Estoy segura que seremos amigas... (*Pausa.*) muy amigas... ¡Qué bonito sombrero!... ¿No es verdad, papá?

ANA (*Vivamente.*) Es de los que se usan ahora.

ANTOÑITA Tiene usted muy buen gusto... Señor Cortelon, su hija de usted es encantadora.

ANA Señorita, yo soy fea y, además, me tiene sin cuidado.

DOULERS No, no protestamos. (*Rompiendo los precintos de las botellas.*) Director, vamos a brindar.

(*Durante las últimas réplicas, Virginia ha entrado llevando una bandeja con vasos y dos botellas de champagne. Doulers desta-*

pa una con cuidado para que no salte el tapón.)

CORTELON ¡Champagne y todo! ¡Pero esto es una orgía!

DOULERS (*Llena los vasos y presenta uno a Cortelon, luego otro a Leclerc.*) Toma, champán; hombre, ¡estás fúnebre!

LECLERC Estoy emocionado, como debe ser.

ANTOÑITA (*Ofrece una copa a Ana, que la rehusa.*) ¿Usted no toma champán?

ANA Nunca, señorita; gracias.

ANTOÑITA ¿Quiere usted que le traigan alguna otra bebida?

ANA Ninguna, señorita; muchas gracias.

ANTOÑITA Usted hace esculturas, ¿no es verdad? El señor Cortelon me ha dicho que piensa usted enviar a la Exposición este año... Ya sé que tiene usted mucho talento.

ANA Es usted muy amable, se...

ANTOÑITA ¡Llámeme usted Antonia!... Eso es más cariñoso.

ANA ¿Le gustaría a usted esta intimidad fingida? ¡Hoy es la primera vez que nos vemos!

ANTOÑITA Eso no importa; yo cuento con que seremos amigas inseparables.

ANA Pues si le parece a usted, esperemos que llegue ese momento.

CORTELON (*Secamente.*) ¡Ana, basta ya!

ANA ¡Pero, papá!...

CORTELON ¡Basta ya, te digo!... Hace un buen rato que me estás impacientando! ¡Vas a aceptar inmediatamente la amable proposición que te ha hecho Antoñita!

ANA ¡Me parece que yo soy libre de!...

CORTELON ¿Me has oído! (*A Antoñita.*) ¡Haga usted el favor de perdonarla! La señorita tiene hoy nervios.

ANA No es justo ni generoso que me humilles delante de extraños.

ANTOÑITA Señor Cortelon, no regañe usted a la pobre Ana. Yo estoy segura que ella no ha tenido intención de...

ANA Nadie tiene por qué intervenir en mi favor cerca de mi padre...

CORTELON (*Enfurecido.*) ¿Te callarás de una vez?

ANTOÑITA (*A Cortelon.*) ¡No la regañe usted... Me hace usted sufrir!

CORTELON ¡Perdóneme! (*A Ana.*) Trata de poner otra cara y otros modales.

(*Ana se levanta y va a sentarse retirada de todos. Larga pausa embarazosa.*)

DOULERS (*Levantándose con el vaso en la mano.*) Mi querido director...

ANTOÑITA ¡Brindemos, brindemos!

DOULERS Mi querido director, creo hacerme el intérprete de todos los que luchan a su lado por el triunfo de nuestras ideas, al proclamar que esta unión que se realiza bajo los mejores auspicios...

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Este acto transcurre dos años, aproximadamente, después del primero. Un despacho. Los tapices y los muebles son de un gusto severo. Contrastando con esto se observa una invasión reciente de «bibelots», de obras de arte y de cuadros.

ESCENA PRIMERA

ANTOÑITA *y* LECLERC.

(*Al levantar el telón, Antoñita y Leclerc están de pie. Antoñita está vestida con elegante traje hechura sastre y sombrero y velo. Leclerc tiene su sombrero en la mano y una cartera debajo del brazo.*)

LECLERC — ¿Sale usted ya?

ANTOÑITA — No, si es que vengo ahora.

LECLERC — ¿Tan temprano? ¡No sabía que fuera usted tan madrugadora!... ¡Qué energía!

ANTOÑITA — Para las cosas que me gustan siempre tengo energía... Vengo de buscar casa del otro lado del río.

LECLERC — ¿Se muda usted?

ANTOÑITA — Dentro de dos meses... ¡Este barrio es tan triste!... Y luego, que estamos muy lejos del periódico. Mi marido tiene que hacer cada día un viaje.

LECLERC — Diga usted francamente que le gusta vivir en los barrios elegantes.

ANTOÑITA ¡Usted necesita que se le estén haciendo confesiones constantemente!... En primer lugar, este cuarto es muy pequeño... Vamos a ver, Leclerc, ¿usted qué me aconseja? ¿Un piso o un hotelito?

LECLERC Esa es una cuestión muy difícil. Yo, por mi parte, la he resuelto fácilmente. He tomado un piso en un hotelito... amueblado.

ANTOÑITA ¡Qué imbécil es usted!

LECLERC Sus proyectos fastuosos me anonadan... ¡Caramba! el socialismo es una gran cosa... ¿Es de usted el magnífico auto que he visto en la puerta?

ANTOÑITA ¿Verdad que es muy bonito?

LECLERC Precioso. Hasta se da de bofetadas con la sencillez de esta casa... Comprendo que quiera usted mudarse

ANTOÑITA ¿Se iba usted a marchar?

LECLERC Sí, perdóneme usted... Tengo que hacer una visita urgente.

ANTOÑITA Pero almorzará usted con nosotros, ¿no?

LECLERC Sí, sí... Voy y vuelvo. Tengo tiempo. El director no me espera hasta las once y media

ANTOÑITA ¡Ah! sí... Le va usted a llevar el artículo sobre los ferrocarriles.

LECLERC ¡Qué enterada está usted!

ANTOÑITA ¿Usted es enemigo de que se renueve la concesión?

LECLERC Enemigo acérrimo.

ANTOÑITA ¿Por qué?

LECLERC ¡Es muy largo de explicar!

ANTOÑITA ¿Le gustaría a usted arruinar a esa pobre Compañía?

LECLERC Mi deber es intentarlo.

ANTOÑITA (*Pueril.*) Pues yo soy partidaria de la renovación... Sí, soy partidaria.

LECLERC (*Glacial.*) ¡Ah!

ANTOÑITA Oiga usted, Leclerc... ¿Y si yo le pidiera a usted... No que la defienda... Pero, escúcheme.

LECLERC No escucho nada.

ANTOÑITA Usted no sabe lo que yo...

LECLERC ¡ Uf ! ¡ me lo sospecho ! Hace ocho días que el bueno de su padre de usted me viene tanteando... ¿ Por qué demonios se le ocurre a usted emplear a su padre en estas cosas ? ¡ Usted es bastante más fina y bastante más persuasiva !

ANTOÑITA Pues no lo veo.

LECLERC ¡ Oh ! Conmigo se descorazona usted pronto...

ANTOÑITA Entonces, nuestro pacto...

LECLERC ¡ Nuestro pacto existe siempre ! Yo soy amigo de usted... Un buen amigo de usted... Profundamente devoto... Quizá más de lo que usted se imagina... Pero de eso a convertirme en cómplice de usted... Por agradable que sea...

ANTOÑITA ¡ Oh ! en mi complice!..

LECLERC Hasta luego, pues, señora.

ESCENA II

ANTOÑITA, VIRGINIA, *luego* NATHANIEL.

VIRGINIA ¡ Señora, el Señor Nathaniel !... Hace un momento que está ahí, pero he esperado que la señora estuviera sola...

ANTOÑITA ¡ Nathaniel !... ¿ A estas horas ?

VIRGINIA Si la señora quiere, estaré al cuidado por si viene el señor. Desde la ventana del saloncito le veo volver la esquina.

ANTOÑITA ¡ Ese Nathaniel es insoportable ! Bueno, hágale usted entrar.

(Mientras Virginia introduce a Nathaniel, se quita Antoñita el sombrero y el velo, que entrega a Virginia.)

ANTOÑITA ¡ Tenga ! (*Vase Virginia.*)

NATHANIEL Buenos días, señora.

ANTOÑITA Buenos días.

NATHANIEL ¿Está usted enfadada?

ANTOÑITA Le tengo dicho a usted que no venga nunca por la mañana... Es un verdadero milagro que mi marido haya salido... Y le espero de un momento a otro.

NATHANIEL Tranquilícese usted... No hay ningún peligro de que nos encontremos. He subido por la escalera de servicio... ¿Se ríe usted?

ANTOÑITA ¿Cómo no me voy a reir? Hay que ver las estratagemas que emplea usted para traerme las noticias de la Bolsa!

NATHANIEL ¡Es que las noticias de hoy valen una fortuna! ¡Ah! Es usted la única cliente por la que yo hago estas cosas... ¡Quisiera darle a usted tantas pruebas de mi... De mi afecto!

ANTOÑITA Bueno, déjese usted ya de tonterías. ¿Qué fortuna es esa?

NATHANIEL Compre usted «Río». Le anuncio una subida enorme.

ANTOÑITA ¡«Río»! ¡Ya, ya!... ¿Y de dónde saco el dinero? (*Sonriendo.*) Estoy en la mayor miseria.

NATHANIEL ¡Pídale usted a su marido!

ANTOÑITA Hoy no puede ser... En este mismo momento me está comprando una alhaja... La esmeralda...

NATHANIEL ¿La que me encargó usted a mí?

ANTOÑITA La misma.

NATHANIEL Piden un precio loco.

ANTOÑITA Loco. Pero quiero tenerla.

NATHANIEL Entonces de cabeza todo el mundo. De modo que el «Río»...

ANTOÑITA Escuche usted; hoy traigo entre manos un negocio... Una cosa seria... Si sale adelante, mi padre irá a buscarle a usted mañana a la Bolsa y le dará una orden. Ahora, lárguese; estoy sobre ascuas...

NATHANIEL Bueno, déjeme usted besarle la mano...

¡No, no! Un poco más arriba, en la muñeca!

ANTOÑITA ¡Me fastidia usted! (*Virginia entreabre la puerta.*)

VIRGINIA Señora, el señor está ya en la calle.

ANTOÑITA ¿Ha oído usted? Ande, ande, váyase.

NATHANIEL El beso.

ANTOÑITA (*Tendiéndole la mano.*) ¡Es usted insoportable!

NATHANIEL ¡Lo sé! (*Le agarra la mano y la besa en el cuello.*)

ANTOÑITA ¡Pero oiga usted! ¡Se vuelve usted loco!

NATHANIEL Si se enfada usted, me quedo.

ANTOÑITA ¡Nathaniel, váyase, por Dios! Mi marido es muy receloso y si le encuentra a usted aquí...

NATHANIEL Me voy con una condición. Concédame usted por las buenas lo que me he tomado por sorpresa.

ANTOÑITA ¡Oh! ¡Pero esto es un atraco! (*Nathaniel la besa en la nuca; Antoñita se impresiona y vuelve la cabeza. Beso en la boca.*)

NATHANIEL ¡Es usted deliciosa!

ANTOÑITA ¿Qué habrá que hacer para quitárselo a usted de delante?

NATHANIEL ¡Me ha hecho usted locamente feliz!

ANTOÑITA (*Empujándole hacia la puerta.*) ¡Bueno, mejor!... ¡Mejor!... (*Sola.*) ¡Uf! (*Arregla el desorden de su peinado.*) ¡Qué loco!

ESCENA III

ANTOÑITA, CORTELON, *luego* ANA

CORTELON ¡Hola, Toto!

ANTOÑITA ¡Hola, señor!

CORTELON ¿Toto está bien, desde esta mañana?

ANTOÑITA Toto está muy bien.

CORTELON Toto recibirá la esmeralda esta tarde.

ANTOÑITA ¿La ha comprado usted?... ¿Cuánto?

CORTELON ¡No han querido rebajar un céntimo!

ANTOÑITA ¡Qué bueno es usted para mí, Aquiles!

CORTELON ¡Oh! no me des las gracias. ¡No las merezco!... Yo soy un buen viejo que me he apoderado de tu juventud. ¡Y no es con regalos como te he de pagar!

ANTOÑITA Pero yo le quiero a usted.

CORTELON ¡Ojalá no te engañes!... Mira, los años que he vivido sin ti, me parecen ahora brumosos como un mal sueño. (*La besa en los ojos.*) ¡Cómo adoro yo tus ojos de Madona!...
(*Ella tiene el busto ligeramente inclinado hacia atrás. Se juntan sus labios.*)

ANTOÑITA ¡Bésame!

CORTELON ¡Me vuelves loco!

ANTOÑITA ¡Bésame otra vez!

CORTELON ¡Antoñita!

ANTOÑITA (*Desprendiéndose.*) ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! (*Va a sentarse en el sofá.*) Estate ahí... A distancia.

CORTELON ¡Pero si quiero hablarte!

ANTOÑITA Ya, ya conozco tus conversaciones...

CORTELON ¡Te juro!...

ANTOÑITA ¿De veras? Bueno, si me das palabra de ser un marido prudente, te dejo sentarte en el sofá... Pero allá... Allá... En la punta... ¡Así!... ¡Eso es!... ¡Ahora podemos hablar! (*Pausa.*) ¡Cuando pienso lo que te ha costado esa esmeralda!...

CORTELON ¡Te gustaba tanto!

ANTOÑITA Sí, te he hecho cometer una locura... Lo siento.

CORTELON ¿Me quieres estropear mi alegría?

ANTOÑITA ¡Es que tengo remordimientos, Aquiles! ¡Te matas trabajando... y el dinero se va... se va!... ¡Cuando pienso en esto

me pongo furiosa contra mí!

CORTELON ¡Encanto mío!

ANTOÑITA ¡Y la nueva casa nos va a costar tan cara! ¡Verdaderamente, yo no he sido razonable en estos últimos tiempos!... ¡No me guardes rencor, Aquiles!

CORTELON ¡Rencor! ¡A ti!

ANTOÑITA Me siento un poco trastornada por esta existencia nueva... Yo nunca he vivido tan feliz como ahora...

CORTELON ¿Es verdad que prefieres el presente al pasado? ¡Ah! Por oirte hablar así daría yo...

ANTOÑITA ¡Ta, ta, ta! Acabarás por hacerme egoista... Y no lo soy. Yo peco por inexperiencia...

CORTELON ¡Pobrecita mía!

ANTOÑITA Sí, ríete... Pero este año hemos gastado una barbaridad...

CORTELON Bueno, ¿y qué?

ANTOÑITA ¡Siempre lo mismo! Echas todos los cuidados a tu carga. Haces mal, Aquiles, en tratarme como una chica... Y el caso es que cuando quiero ponerme seria, no lo consigo...

CORTELON ¡No lo intentes!... ¡Te quiero tanto así como eres!

ANTOÑITA Sin embargo, debes darme cuenta de tus pensamientos, de tus preocupaciones... Me ocultas el lado serio de tu vida... ¡Y como yo no sé nada, me pongo a hacer castillos en el aire y vienen luego estas desilusiones!... Hace algún tiempo hablastes delante de mí de un contrato de publicidad... ¿No es así como se llaman esas cosas?...

CORTELON Sí...

ANTOÑITA De un contrato que debía producir mucho... ¡No sé!... Una cantidad muy grande... Me parece que se trataba de un

tren...

CORTELON ¡De un tren!

ANTOÑITA De ferrocarriles... ¡No sé! Una cosa de trenes, era.

CORTELON ¿La reversión de los ferrocarriles?

ANTOÑITA Justamente... Eso es. ¡Yo estaba tan contenta, porque esto coincidía con nuestra mudanza!... Pero anteayer te he oído hablar de eso con papá y te indignabas... Y comprendí que se había ido a pique el contrato... ¡Yo no te he dicho a ti nada, pero me he llevado un disgusto!...

CORTELON ¡Hay que ver lo que trabaja esa cabecita!... ¡Y qué graciosa estás tú cuando hablas de negocios!

ANTOÑITA ¡Eso es! ¡Te burlas en seguida de mí! Pues yo oí muy bien cuando le decías a papá que los jefes de los trenes...

CORTELON (*Bromeando.*) Los jefes de estación, ¿no?

ANTOÑITA ¡Oh! me pones nerviosa. ¡Los administradores, vaya! te ofrecían dinero para que no hablaras mal de ellos... ¿No es verdad que decías eso?

CORTELON Lo que yo decía es que esas gentes conocen demasiado al «Popular» y a su director para atreverse a proponer una cosa semejante... Nos han propuesto, simplemente, un contrato para enviarnos publicidad, en condiciones muy ventajosas para nosotros... ¡Demasiado ventajosas!... Desgraciadamente nos es imposible aceptar... (*Pausa.*) Dentro de poco se va a discutir en el Congreso la renovación de ese privilegio y nuestro partido es enemigo de todos los privilegios...

ANTOÑITA ¡Ah! (*Pausa.*) ¿Y los otros periódicos?

CORTELON Los otros periódicos hacen lo que les parece... Verdaderamente yo podría hacer como algunos, que combaten a la Compañía en la primera plana y la defienden

en las siguientes... en forma de publicidad... Pero... ¡Tender la mano con que se abofetea a las gentes!... (*Pausa.*) Ya sé yo que en éstos tiempos la moral absoluta... ¡Psh! ¡No importa! ¡«El Popular» tiene bien ganada la reputación de periódico honrado; tratemos de que la conserve! (*Pausa.*)

ANTOÑITA Tienes razón... (*Pausa.*) Yo debo contener mis extravagancias... ¡Ah, sí!... ¡Sí! Ya verás cómo me arreglo a una vida modesta... Para empezar, dejaremos la mudanza, nos quedaremos en este cuarto... Esos nuevos cuadros que hemos comprado los colocaremos por ahí... Por donde se pueda... Es una lástima, pero...

CORTELON ¿Qué dices? ¿Estás loca?

ANTOÑITA Bien sabes, Aquiles, que seguir viviendo como hasta ahora es imposible... ¡Qué le vamos a hacer! Todo será que al principio se nos haga penoso, pero ya nos acostumbraremos.

CORTELON Pero vamos a ver, Antoñita, ¿crees tú que te he dejado, durante dos años, acostumbrarte a un tren de vida para reducirlo ahora y hacerte sufrir? ¡No te preocupes, yo me arreglaré!... ¡Hablemos de otra cosa!... ¡Este asunto me horripila!... (*Pausa, reflexiones.*) ¡No hablemos más de eso, yo me las arreglaré! (*Pausa.*)

ANTOÑITA Leclerc estuvo aquí esta mañana y dijo que volvería a eso de las once y media... Te trae no sé qué cosa... Un artículo, creo...

CORTELON ¡Caramba! ¡Es verdad!... ¡Lo había olvidado completamente!... Sí, sí... Me trae precisamente el artículo sobre los ferrocarriles... (*Larga pausa, reflexiones.*) ¡Bah! ¡Ya me arreglaré yo como sea!

ANTOÑITA ¿Te sientes mal, Aquiles? ¡Tienes el as-

pecto como fatigado!...

CORTELON ¿Yo?

(Aparece Ana. Lleva un largo delantal blanco manchado.)

ANA *(Se detiene bajo el dintel al ver a Antoñita.)* ¡Oh, perdón!... Creí que estabas solo, papá.

ANTOÑITA Si tienen ustedes que hablar, puedo retirarme.

CORTELON ¿Qué significa esto?... ¡Haz el favor de quedarte aquí! *(A Ana.)* Tú, entra, y cierra la puerta... ¿Qué quieres?

ANA Quería decirte dos palabras a solas... Pero no tengo prisa.

CORTELON ¡A solas! ¡Siempre la misma cantinela! ¡Sabes perfectamente que yo no tengo secretos para Antoñita! ¡Lo que tengas que decirme dímelo delante de ella; si no, no me digas nada!... Además, ¿por qué bajas aquí con esa blusa? Te he dicho veinte veces que la dejes en el taller. Antoñita no puede soportarla y tiene razón. *(Enfadándose más.)* ¡Es fastidioso, que todo lo que haces y todo lo que dices!...

ANTOÑITA ¡Déjela! No se irrite!

ANA ¡No hace falta que te pongas así! Voy a quitarme esta blusa y bajaré a hablarte delante de todos los testigos que quieras que me oigan. *(Da media vuelta y vase.)*

ESCENA IV

ANTOÑITA, CORTELON, *luego* ANA.

CORTELON ¡Qué fastidiosa es esta chica!

ANTOÑITA ¡Aquiles!

CORTELON ¡Ah! tú la defiendes siempre!... ¡Eres demasiado buena, Toto... Pero en eso haces mal!

ANTOÑITA ¡Ana es su hija!

CORTELON El peor favor que se la puede hacer es sufrirla ese genio...

ANTOÑITA No corregirás a Ana por la violencia.

CORTELON ¡Pues... lo que es con dulzura!... ¡Sí... Sí! ¡Cuánto más cariñosa estás tú con ella, más odiosa está ella contigo!... ¿Siempre te pone esa cara?

ANTOÑITA No la veo apenas... Cuando estoy en casa se encierra en su taller...

CORTELON Sí. Ella no ha aceptado nunca tu entrada en la familia... Pero yo domaré el orgullo de esa mocosa.

ANTOÑITA ¡Sin embargo, yo la quiero!... ¡Quizá será que no se lo demuestro bastante!

CORTELON A menos de cometer bajezas, no veo... (*Aparece Ana, vestida con un sencillo traje de casa.*)

ANA ¿Estoy ahora en traje de audiencia?

CORTELON No hables en ese tono, que me irrita.

ANA ¡No te irritará mucho tiempo! Ya he tomado una resolución...

CORTELON ¿Una resolución?

ANA Así no podemos seguir. Estas cosas son insoportables.

CORTELON Tienes razón: ¡Insoportables!

ANA Puesto que estamos de acuerdo, esto se va a arreglar muy fácilmente... Yo seré mayor de edad a fin de mes. Mi madre me ha dejado una pequeña fortuna... Ya sé, ya sé, muy pequeña, pero mis necesidades son también pequeñas... He decidido irme a vivir sola... Esto será mejor para ti y para mí... ¿Qué crees tú?

CORTELON Hija mía, mi respuesta será muy simple. Te compadezco. Te compadezco infinitamente... Envenenas tu vida y llenas de sombras la nuestra. ¡Reflexiona... Piensa bien lo que tratas de hacer! A pesar de todo lo que está pasando, yo no puedo

considerar tu separación sin una pena muy grande... ¡Reflexiona, hija mía! Tal vez te detendrás en una determinación más prudente y más tierna...

ANA (*Emocionada.*) Papá...

CORTELON A menos que tu malhadado orgullo te lo impida.

ANA (*Emocionada.*) Papá, te juro que...

ANTOÑITA ¡Tan felices como podríamos vivir todos bajo el mismo techo!

ANA (*Volviéndose bruscamente hacia Antoñita, cuya presencia ha parecido ignorar hasta este momento.*) ¡No, yo no sería nunca feliz bajo el mismo techo que usted!

ANTOÑITA ¿Por qué me ha aborrecido usted desde el primer día?

ANA ¡Yo amo a mi padre!

ANTOÑITA ¿Y yo, cree usted que yo no le amo? (*Pausa.*) ¡Pues sí, Ana, sí; yo amo a mi marido!... Y le quiero tanto que, a pesar de todas las ofensas de usted, estoy dispuesta a olvidar lo pasado y a tenderla los brazos... Vamos, decídase usted.

ANA ¡No prolonguemos más esta escena idiota, por favor! Usted sabe que yo no me volveré atrás de mi decisión...

CORTELON Pues entonces, vete.

ANTOÑITA Tiene razón su padre. ¡Usted no es más que una muchacha orgullosa y sin buenos sentimientos!

ANA ¡Qué! ¡Usted se atreve a juzgarme! ¡Usted!... ¡Usted!... ¡Se lo prohibo a usted!... ¡Vamos!...

CORTELON ¿Qué estás diciendo?

ANTOÑITA (*Deteniendo a Cortelon.*) ¡Perdón!... (*A Ana.*) Hay un detalle que usted ha olvidado hace mucho tiempo. Está usted en mi casa, y aquí yo no admito prohibiciones de nadie. ¡Yo soy la que le prohibe

a usted que me hable en ese tono, y, además, la ruego que salga inmediatamente!

ANA — ¡No se dé usted la importancia de echarme! ¡Soy yo la que estoy deseando dejar esta casa, donde vive una aventurera!

CORTELON — Pero, ¿quieres irte de una vez? (*La rechaza brutalmente.*)

ANA — ¡Me has hecho daño! ¡Esto es una cobardía! ¡Antes, tú no eras cobarde!... ¡Adiós!

ESCENA V

ANTOÑITA, CORTELON.

(*Cortelon se pasea fosco. Antoñita se ha dejado caer en un sofá.*)

ANTOÑITA — ¡Cómo me ha tratado!

CORTELON — Soy yo el que te pide perdón.

ANTOÑITA — ¡Ser insultada de esa manera!

CORTELON — No te insultará más... ¡Nunca más!

ANTOÑITA — ¡Llamarme aventurera! ¡a mí!

CORTELON — ¡Pfff!

ANTOÑITA — ¡Y no es sólo lo que ha dicho, sino que hasta su sonrisa insinuaba cosas horribles!... ¡Como si yo me hubiera casado contigo por interés!... ¡Y quizá habrá otras gentes que piensen como ella!

CORTELON — ¡Qué locura!

ANTOÑITA — ¡Ya me había yo figurado que algún día me echarían esto en cara!... ¡Es para morirse de vergüenza!

CORTELON — ¡No te pongas así, Antoñita, querida mía!... ¿Por qué te pones así, vamos a ver?... Porque esa desdichada...

ANTOÑITA — ¡Oh! ¡no me hables de Ana!... ¡Cuanto más lo pienso, más me arrepiento de haberla dejado marchar! ¡Yo he debido opo-

nerme... he debido irme yo antes de consentir que se marchara ella!

CORTELON ¡Me asustas, Antoñita! ¡Esta escena te ha trastornado de tal manera...!

ANTOÑITA No estoy trastornada, no; razono muy bien. Tu hija era el último lazo que te ligaba al pasado... Y acaba de romperse... Desde que nos casamos, tu vida ha ido cambiando poco a poco de rumbo y de objeto... Te ocupas demasiado de mí y muy poco de ti mismo y de tu obra... ¡Esto me tortura!...

CORTELON Y a mí me entristece verte así, Antoñita. ¿Crees que me preocupa nada más que tú? Si gasto un poco más de lo que puedo, siento la alegría de gastar para ti...

ANTOÑITA Yo debería rehusar... Detenerte. Cuando dijistes hace un momento. «¡Yo me arreglaré, sea como sea», te oprimistes la frente y pusistes una mirada tan triste, tan angustiosa... ¡Eso me ha traspasado!

CORTELON ¡Tienes una imaginación muy viva y eres muy sensible!... ¡Está visto que no se puede dejar escapar nada delante de ti!... (*Silencio. Cortelon pasea.*) ¿Ves? ¡Ya estás llorando! Pero, rica mía, te aseguro que has interpretado mal... ¡No llores! ¡Me parte el corazón verte llorar! (*Pausa.*) ¡También yo soy un imbécil que ni siquiera me cuido de disimular!... Pues bien, sí, te confieso que he tenido ese momento de... preocupación... (*Pausa.*) Y si te dijera que he encontrado el medio de desenvolverme... De equilibrar nuestro presupuesto... Sí, lo he encontrado... Lo he encontrado...

ANTOÑITA Quieres consolarme, pero...

CORTELON ¡Te doy mi palabra de honor!

ANTOÑITA Eres capaz de mentir para que yo no sufra.

CORTELON No hay consideración alguna que me haga mentir.

ANTOÑITA Entonces, ¿es verdad que has encontrado el medio de...

CORTELON ¡Te lo juro! ¡No te preocupes más!...

ANTOÑITA ¡Aquiles, era tan desgraciada!

CORTELON ¡Oh!

ANTOÑITA (*Con la cabeza apoyada en el hombro de Cortelon.*) ¡No te enfades con Toto! ¿Verdad que no?... ¡Toto ha tenido penas!

CORTELON ¡Te prohibo esas penas!... A mí, la única inquietud que me das es la de saber que yo envejeceré antes que tú... ¡Y a veces me entran deseos de morirme en seguida, pero contra ti... en un abrazo! (*Mientras están enlazados aparece el criado. Se separan bruscamente.*)

EL CRIADO El señor Leclerc espera en el salón.

CORTELON Bueno, que espere un momento.

EL CRIADO Bien, señor. (*Vase.*)

ANTOÑITA Me voy... Dentro de veinte minutos la comida, ¿eh?

CORTELON ¡Sí, vida mía, sí!
(*Antoñita vase, enviando un beso a Cortelon.*)

ESCENA VI

CORTELON, LECLERC, *luego* DOULERS.

CORTELON Buenos días, Leclerc.

LECLERC ¿Cómo va esa salud, director?

CORTELON Medianamente... Punzadas en los párpados... ¡Ya sé lo que me espera!

LECLERC ¡Tsé! Jaqueca, ¿verdad?

CORTELON Sí... no falla... Después de un disgusto, la jaqueca. ¡Esto se lo debo a la señorita Ana! ¡Amigo mío, los hijos! ¡los hijos!

LECLERC Director, yo estoy convencido que su hija

le quiere a usted profundamente.

CORTELON Los hijos no saben querer a sus padres... Nos hacen sufrir inconscientemente, pero nos hacen sufrir... Bueno, dejemos esto...

LECLERC Aquí traigo el artículo sobre los ferrocarriles... Voy a leérselo...

CORTELON No, no; explíquemelo usted en cuatro palabras... ¡Ay!...

LECLERC He seguido las indicaciones de usted...

CORTELON Sí, indicaciones muy vagas.

LECLERC He comenzado, como es natural, diciendo qué cuadrilla de bandidos son los consejeros.

CORTELON ¡Bandidos! ¡bandidos!... ¡Amigo mío, emplea usted esa palabra con una facilidad! ¿Qué guarda usted entonces para nuestros enemigos?

LECLERC Yo no conozco enemigos más odiosos que los explotadores, director.

CORTELON ¡Bien! ¡bien! Pero hasta con los enemigos es necesario ser justo. Así, pues, hágame usted el favor de moderar un poco las palabras. Los insultos no prueban nada... Vamos a ver, ¿qué dice usted después? ¡Dese usted prisa! ¡Se me parte la cabeza!

LECLERC Después trato de la concesión. La combato violentamente, en nombre de la doctrina socialista... Niego que la Compañía de ferrocarriles realice una obra humanitaria, y...

CORTELON Ya, ya... No está mal. Está bien... ¡Muy bien!... ¡Unas pequeñas modificaciones!... ¡A...! ¡ay!... ¡Esta cabeza!... Vamos a ver si acabamos pronto. Estoy sufriendo horriblemente... De modo que suprime usted el comienzo ese... Esas palabrotas de bandidos... esas acusaciones...

LECLERC Pero, director, si esas gentes no merecen otra cosa. ¡Compran los votos... sobornan

los periódicos!...

CORTELON ¡Eso se dice, pero quién sabe!...

LECLERC ¡Perdón! desde hace tres meses la Compañía ha gastado, exactamente, en contratos de publicidad...

CORTELON ¡Qué nos importa eso! ¡Nosotros estamos por encima de esas cosas!... Trate usted, simplemente, la cuestión de principios... ¡Y ahí insista usted! Puede usted decir esto: «Hemos dicho muchas veces y repetiremos hasta la saciedad que el socialismo es enemigo de todos los monopolios... ¿Con qué derecho gana la Compañía millones y millones con el sudor de los proletarios? Pregunte usted, además: «¿Por qué el Estado no organiza los transportes?» Y a propósito de esto, coja usted a los ministros uno a uno y deles usted un buen vapuleo. Dígale usted al Gobierno todo lo que usted quiera... Y puede usted terminar el artículo así: «La Compañía es un mal; no cesaremos de proclamarlo: ahora bien, ¿es un mal necesario? Nosotros en este caso nos abstenemos de emitir juicio... Los diputados socialistas que van a intervenir en el debate se hallarán frente a una dolorosa alternativa. En este caso concreto nosotros les aconsejamos la abstención.»

LECLERC Lo cual equivale a aprobar la ley sin protesta... ¡Me deja usted frío, director! ¡Invita usted a nuestro partido a rendir las armas!

CORTELON ¡A rendir las armas!... ¡De ninguna manera! ¡Nos quedaremos a la expectativa... pero dispuestos a todo! ¡Que no anden derechos, y ya verá usted si los reventamos!

LECLERC ¡Dentro de veinte años... cuando termine el nuevo contrato!

CORTELON Pero mi querido Leclerc, reflexione usted... ¡Hay setenta mil pobres diablos prestando sus servicios en la Compañía!

LECLERC ¿Y la generalidad de los pobres diablos? ¿Y los pobres diablos del porvenir?

CORTELON Pero vamos a ver, Leclerc; usted está convencido de que, con nosotros o contra nosotros, se aprueba el proyecto... ¿No?... Pues entonces, ¿a qué ir a una derrota segura y además estéril?

LECLERC Estéril, no.

CORTELON En efecto, estéril no, porque nos atraería el odio de una multitud de obreros que hasta ahora nos miran como sus defensores... ¿No comprende usted?...

LECLERC Yo no comprendo más que una cosa: el capital está mejor defendido que nosotros y es bastante más fuerte. Ahora, se nos presenta la ocasión de destruir unas cuantas reputaciones burguesas. ¡Este es un negocio escandaloso y yo creo que no debemos perder ninguna ocasión!... ¡Recuerde usted que hicieron falta veintitrés puñaladas para matar a César! ¡Los tiranos tienen la piel muy dura, director!

CORTELON Está usted muy elocuente, mi querido Leclerc, pero yo tengo más años que usted y bastante más experiencia... En política, créame usted, hay que evitar, sobre todo, una falsa maniobra. Por eso vamos a llevar el debate al terreno de la filantropía... Hágame usted, pues, el artículo en un sentido abstracto... Elevado...

LECLERC No discuto más, Director. Desde el momento que esa resolución de usted es una cosa pensada... definitiva... yo quisiera desentenderme del asunto este de los ferrocarriles.

CORTELON Me asombra usted, Leclerc. ¡Usted no se da cuenta que al encargarle de un asunto

tan importante como éste le he demostrado mi confianza!

LECLERC — Sí, me doy cuenta. Pero si yo fuera capaz de escribir de una manera que creo contraria a los intereses de mi partido, yo no sería digno de esa comfianza.

CORTELON — Olvida usted que me debe todas las enseñanzas políticas. Y como, además, yo soy el director, está usted faltando a la disciplina del periódico y a la del partido.

LECLERC — Mis opiniones personales no tienen nada que ver con la gratitud ni con la disciplina.

CORTELON — ¡En fin, señor Leclerc, ya sabe usted mis instrucciones! Haga usted lo que le he dicho y si no...

LECLERC — Le ruego a usted, director, que recuerde que lleva usted treinta años luchando por la libertad de conciencia...

CORTELON — (*Furioso.*) ¡Ah! ¿pero me va usted a dar lecciones? ¡No faltaba más!

(*Diciendo Cortelon estas palabras ha entrado Doulers.*)

DOULERS — ¡Perdón!... ¡No sabía!... Después vendré...

CORTELON — No, no, quédate... Siento mucho, señor Leclerc, verme obligado a pedirle la dimisión.

LECLERC — Iba a presentársela a usted.

ESCENA VII

CORTELON, DOULERS, *luego* ANTOÑITA.

DOULERS — ¡Estoy pasmado!... ¡Leclerc, un muchacho tan inteligente... tan ponderado!

CORTELON — ¡Es un fatuo y un imbécil!

DOULERS — La verdad es que ya se estaba poniendo molesto.

CORTELON ¡Yo mismo escribiré el artículo!

DOULERS ¡No será peor, por eso! (*Paseos de Cortelon. Se detiene bruscamente.*)

CORTELON ¡De modo que yo me he pasado la vida defendiendo la libertad en los periódicos, en los mítines, en las barricadas, para que luego venga cualquier mocoso a desobedecerme!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Pues no faltaba más! ¡Desde hoy van a marchar los redactores más derechos que una vela! ¡Al que no me obedezca ciegamente lo pongo en la calle! (*Pausa.*) Tú serás el redactor-jefe desde hoy... Trata de ayudarme seriamente.

DOULERS Muchas gracias, querido Aquiles. Yo, realmente, no merezco...

ANTOÑITA (*Por la izquierda.*) ¿Se puede servir la comida?

CORTELON Sí... ¿Has dicho que quiten el cubierto de mi hija?

ANTOÑITA ¡Naturalmente!... Se ha marchado...

CORTELON Bueno, pues que quiten también el de Leclerc. Comeremos los tres solos.

TELÓN



ACTO TERCERO

Este acto transcurre diez años, aproximadamente, después del segundo. Un taller de escultor, «bibelots», bosquejos, bocetos, esbozos, esculturas. Es un taller donde se observa que se trabaja seriamente.

ESCENA PRIMERA

ANA, PABLO IGNACIO, NATHANIEL, UNA MODELO

(La modelo, una muchacha delgada de unos veinte años, de aspecto desvergonzado, bonita y ya cansada, está en «pose» para el busto escotado de una Maravilla. Ana, que tiene ya más de treinta años, trabaja. Tiene el pelo corto y viste una especie de pijama de tela blanca, muy flotante. Sus rasgos se han virilizado y endurecido. Pablo Ignacio y Nathaniel hablan a media voz de manera que no les oiga Ana. Pablo ha adquirido espesor e importancia. Nathaniel tiene papada y vientre.

PABLO. Yo necesito pagar a mis redactores y no con palabras precisamente.

NATHANIEL. Pero si yo no le pido a usted más que un plazo de quince días. Me parece que...

PABLO. Hace tres meses que me está usted dando fechas que no llegan nunca. ¡Y si no da

la casualidad de que le encuentro aquí, sabe Dios cuándo hubiera logrado echarle la vista encima!

NATHANIEL ¡Querido Pablo!

PABLO Puede usted llamarme «querido Pablo» hasta mañana... ¡Después ya veremos cómo me llama usted!

NATHANIEL Estos días ando mal de dinero, créame usted.

PABLO Para comprar alhajas a Antoñita Cortelon, ya lo encuentra usted... En fin, que yo estoy ya cansado de trabajar gratis.

NATHANIEL ¡Gratis! ¡Gratis! ¡Querido amigo! yo le he hecho a usted director de un periódico diario! ¡Y eso!...

PABLO ¡Déjeme usted de historias! Yo no soy ya la cándida paloma de hace diez o doce años. La gloria me tiene sin cuidado. Lo primero que necesito yo es comer.

NATHANIEL En fin, amigo mío, ¿sabe usted lo que es estar con el agua hasta aquí? (*Se señala el cuello.*)

PABLO Desgraciadamente, lo sé por experiencia. Me sucede muchas veces. Pero lo que menos se me ocurriría, estando con el agua al cuello, es meterme en los gastos de un periódico.

NATHANIEL Ya sabe usted que yo necesito tener un periódico para mis negocios... Pero, pierda usted cuidado, dentro de unos días...

ANA (*A la modelo.*) Ea, descansa un poco. (*Va hacia Pablo y Nathaniel con las manos en los bolsillos.*) ¿Qué cuchichean ustedes ahí?

PABLO Perdone usted, Anita, era un asunto urgente... Pero ya hemos acabado.

NATHANIEL Realmente es imperdonable que nos pongamos a hablar de negocios, en lugar de examinar estas cosas admirables que salen de sus manos... Tiene usted, Anita, uno

de los talentos más originales que yo conozco.

ANA ¿Puedo contar, entonces con un informe favorable?

NATHANIEL ¿Un informe?...

ANA ¡No se haga usted de nuevas! ¡Como si yo no supiera que mi exquisita madrastra le envía a usted aquí en visita de inspección!

NATHANIEL Le juro a usted, Ana...

ANA Desde que he adquirido alguna fama, mi madrastra me envía sus amigos... ¿Pero me aborrece tanto esa buena Antoñita para preocuparse de mí hasta ese punto?

NATHANIEL Yo creo que lejos de aborrecerla a usted...

ANA En el fondo es posible que a esa mujer le divierta conocer mis obras... ¡A mí también me divierte conocer a sus amantes!... ¡Vamos, Nathaniel, no ponga usted esa cara de estupefacción!... ¡No se haga usted el interesante! ¡Si ya sabemos que es usted feliz! ¿Eh, Pablo?

PABLO (*Evasivo.*) Mi querida amiga, yo, realmente, ignoro...

ANA ¡Ah! perdone usted... ¡Es verdad!... Usted también, en otro tiempo... ¡Dios mío! Es fastidioso no poder pronunciar jamás el nombre de Antoñita delante de un señor, sin que ponga en seguida una cara misteriosa, de esas que acaban en el acto con la reputación de una mujer... Verdaderamente, yo hago mal en hablar así de esa pobre Toto delante de ustedes... ¡Qué se le va a hacer! ¡No lo puedo remediar! Sin ella, tal vez yo hubiera sido muy feliz... Hablemos de otra cosa... ¿Quién estuvo en el Congreso anteayer?

PABLO Yo.

ANA ¡Qué discurso tan admirable ha pronunciado Leclerc!... Lo he leído íntegro.

NATHANIEL ¡Psé!

ANA ¡Ah, no! No haga usted esos gestos de superioridad! Bueno que usted sea adversario político de Leclerc; pero es preciso ser idiota para negar que es un gran orador. (*Pablo hace en vano señas a Ana para que se calle.*

NATHANIEL ¡Qué entusiasmo!

PABLO (*Jovial.*) ¡Así es, amigo mío! ¡La señorita Ana nos desprecia! ¡Esta señorita se sienta espiritualmente en la extrema izquierda, con el grupo de *feroces* que capitanea Vicente Leclerc!

ANA Yo tengo siempre mis simpatías para los que permanecen fieles a sus principios. ¡No me negarán ustedes que Leclerc es un hombre honrado!

NATHANIEL ¡Cómo defiende a Leclerc!

ANA Sí, lo defiendo. Lo defiendo, porque lo merece y porque es amigo mío desde los tiempos malos... ¡El no ha esperado que este taller estuviera de moda entre la gente distinguida!... Por eso le quiero bien. Precisamente le espero dentro de un rato y estoy deseando que llegue para felicitarle...

NATHANIEL El hecho es que su amigo de usted... su grande amigo de usted es enemigo de todos nosotros... ¡Desde hace muchos años, las peores injurias que caen sobre su padre de usted es Leclerc quien se las dice!... ¡El es el que le ha puesto el mote de «Cortelon, el Apóstata.»

ANA ¡Ay!... ¿Cómo quiere usted que llamen los adversarios al hombre que ha renegado de su pasado, al hombre que después de haber sido el jefe del partido revolucionario se sienta hoy en los bancos de la mayoría?... Pero, en fin, mi padre es bastante grande para defenderse y yo estoy

segura que Leclerc no le ataca más que con arreglo a su conciencia... ¡Lo demás, allá ellos!...

NATHANIEL Su padre de usted es un buen hombre, mientras que Leclerc no es más que un bribonzuelo...

ANA (*A pesar de las señas desesperadas que le hace Pablo.*) ¡Aquí no le consiento a nadie que diga eso!... ¡Se lo prohibo a usted!...

PABLO (*Precipitándose.*) ¿Pero van ustedes a pelearse por un discurso? (*A Nathaniel.*) ¿Se ha vuelto usted loco?

NATHANIEL (*A Ana.*) Es verdad... Perdóneme usted.

ANA ¡Bah! Entre hombres...

NATHANIEL Olvide usted esas tonterías que he dicho... Pero, en fin, mejor será que olvide usted mi visita, y haga usted cuenta que le debo una... Ya volveré pronto, y entonces será, si usted me lo permite, para hacerle grandes compras.

ANA ¡Cómo, si se lo permito! ¡Ya lo creo! Usted verá qué bien recibo yo a la gente que me trae dinero!

PABLO ¡Oh! ¿Es usted interesada, Anita?

ANA ¿Interesada? ¿Por qué? ¿Porque digo lo que todos piensan?... ¡Yo vivo de mi trabajo! Allá, en tiempos, tuve cuatro cuartos y me los gasté en divertirme... Me he divertido bien. Sólo que a mí me ha gustado divertirme como un hombre, pagando a escote y viviendo a mi modo. Cuando paga uno siempre su escote, suele pagarse muchas veces también el de los otros. Y luego, que las juergas cuestan caras. Yo me di cuenta el día que se me acabó el último céntimo... Ese día dudé entre dos partidos: suicidarme o tratar de vivir del único oficio que había aprendido... Hay otro oficio, que, aunque no lo había apren-

dido, quizá me hubiera decidido por él, si hubiera tenido una cara bonita y unos senos presentables... Pero mi cara no fué nunca bonita, y en cuanto a los... ¡No hablemos de los ausentes!... En fin, todo, menos tender la mano al matrimonio Cortelon. ¡Eso me hubiera sido mucho más duro que suicidarme! Ustedes me conocen y saben que es verdad, ¿eh?...

NATHANIEL ¡Pues en el oficio que escogió usted no le ha ido mal!

ANA ¡Lo mejor de lo mejor! Pero he pasado días difíciles antes de lograr una reputación! ¡Lo que me consuela un poco es que... (*A media voz para que no la oiga Nathaniel*) ella no ha sabido nada nunca!

NATHANIEL ¡Hasta otro día, gran revolucionaria!

ANA (*A Pablo, que coge también su sombrero.*) ¡Ah, no! Usted no se vaya todavía. Tengo ganas de conversación hoy.

NATHANIEL (*A Pablo.*) Bueno, entonces, hasta la vista, ¿eh?

PABLO ¿Pensará usted en mí?

NATHANIEL Cariñosamente. (*A la modelo.*) Adiós, joven.

LA MODELO Usted lo pase bien.

ANA Hasta la vista, marqués.

NATHANIEL ¡Ay! ¡Yo soy un humilde pechero, señorita!

ANA ¿No es usted marqués? ¿Por qué? ¡No hay derecho que no sea usted barón!

NATHANIEL Ya veremos... Más adelante... ¡Quién sabe! (*Vase.*)

ESCENA II

Los mismos, menos NATHANIEL.

PABLO ¡Sí, marqués de la Miseria!

ANA ¿Anda mal?

PABLO De cabeza.

ANA ¡Qué! ¿Antoñita?...

PABLO Sí y no. Este hombre tenía una fortuna; pero le ha cogido ese vértigo que Antoñita le da a todos los que caen en sus manos... Este ha querido eclipsar a todos los que le han precedido, ha querido acabar con los competidores... En fin, éste ha soñado con domarla a fuerza de dinero.

ANA Entonces gastará de una manera...

PABLO ¡Enorme! Ha tratado de ganar dinero en la Bolsa y ha jugado fuerte... ¡Ha perdido hasta la cabeza!

ANA ¡Me explico el ataque de nervios que le dió hace un rato!... ¿Por qué me hacía usted tantas señas cuando yo estaba hablando?

PABLO ¿Pero no sabe usted lo que ha pasado?

ANA ¿Qué ha pasado?

PABLO ¡Pues si es el plato del día!... Antoñita acaba de pasar un mes en Luchon... Leclerc estaba allí...

ANA Ya sé, ya...

PABLO Antoñita se ha encontrado sin tener quién la hiciera compañía. Su padre de usted estaba aquí retenido por el Senado; Nathaniel, por las cosas de la Bolsa. ¡Cada uno ha ido a verla un día! Para matar el tiempo, sin duda, ella ha reanudado su amistad con Leclerc. Los han visto pasear juntos... Charlar... ¿Qué le parece a usted?

ANA De una frescura que asusta. ¡Presentarse en público con el mayor enemigo de su marido!

PABLO Por ahí se dice que no se han conformado con presentarse en público...

ANA ¡Bah! habladurías...

PABLO ¡Ta, ta, ta! Antoñita y Leclerc no se han mirado nunca con indiferencia... Yo mismo tuve, en tiempos, celos de Leclerc.

ANA — Yo creo que Leclerc considera a Antoñita como una buena amiga... Hasta delante de mí la defiende... Pero no es hombre aficionado a flirtear. Con él no hay más que la amistad sin segundas intenciones o el amancebamiento descarado... Y, vamos, yo supongo que si él hubiera...

PABLO — ¡Ah!... ¡Pero está más hermosa que nunca!

ANA — De todos modos, luego, cuando venga Leclerc, le voy a apretar de firme... ¿Y qué más se dice por ahí?

PABLO — Poca cosa... Ahora empieza a regresar la gente. Sin embargo, Nathaniel es uno de los primeros que han tenido noticias de aventuras veraniegas... ¡Quizá por la misma Antoñita!... ¡Cómo le haya picado los nervios, se lo ha dicho ella misma! De todas maneras, él siente que el fin de su reinado se aproxima, y cuando oye el nombre de Leclerc, se vuelve loco!

ANA — Se comprende... ¿Y mi padre?... ¿nada?...

PABLO — ¡Su padre! ¡Vamos, no diga usted cosas raras! ¡Sospechar Cortelon de su lilial Antoñita!...

ANA — (*A la modelo.*) Vamos, chica, vuelve a colocarte. Voy a trabajar otro poco. (*La modelo se quita la blusa. Ana se instala.*) (*Pausa.*)

PABLO — ¿Y no ha vuelto usted a ver a su padre, desde que es senador?...

ANA — No... Hace diez años que no le veo... Tampoco lo he intentado...

PABLO — ¡Y Antoñita?...

ANA — ¡Oh! sí... La encuentro por ahí a menudo... Siempre que me ve quiere aparentar así, como indiferencia... Yo me río... ¡Algunas veces la guiño un ojo!

PABLO — (*Cogiendo sombrero y bastón.*) ¡Bueno, vamos, no hay más remedio que pensar en

esta porquería de política !... (*A la modelo.*) Hasta otro día, señorita.

ANA — Le autorizo a usted para que la bese... A usted le deben parecer aceptables casi todas, ¿no?

PABLO — (*A la modelo.*) ¿Me permite usted que la bese, señorita?

LA MODELO — (*Desvergonzada.*) Según...

ANA — ¿Según qué?... ¿El precio? ¡Pues no eres tú nadie!... ¡Por un beso!... ¿Tú no sabes que don Pablo es un grande hombre? ¡Menudo honor te hace!... (*A Pablo, que besa.*) ¡No la haga usted demasiado honor!

PABLO — ¡Adiós, artista!

ANA — ¡Adiós, poeta! (*Vase Pablo.*)

ESCENA III

ANA, *la* MODELO

ANA — (*Trabajando.*) ¿Te gusta a ti que te besen los señores?

LA MODELO — Me gusta más que me den un duro.

ANA — (*Que se ha aproximado a la Modelo para rectificar la postura.*) ¡Un duro!... ¡Qué descaro! (*Llaman.*) ¡Ya está aquí!...

LA MODELO — ¿Quiere usted que vaya yo a abrir?

ANA — Sí, Eugenia ha salido ...Ponte el chal... Será un señor con un bigote rubio... pásalo aquí. (*Sale la Modelo.*) ¡Qué temprano viene hoy Leclerc!

LA MODELO — (*Entrando.*) Señora Anita, el señor que ha venido no tiene bigote. Es un viejo.

ANA — ¡Pero, estúpida, pregúntale el nombre!

ESCENA IV

Dichos y CORTELON.

CORTELON (*Entrando.*) ¡Soy yo!

ANA (*Le mira un momento sin decir nada. Cortelon ha encanecido mucho y se ha encorvado. Con voz algo, pero muy poco alterada.*) ¡Anda! ¡eres tú, papá!... (*A la modelo.*) Coge tus cosas, nena, y vete a vestir aquí al lado... Mañana á la misma hora.

LA MODELO (*Marchándose.*) Hasta mañana, señora Anita. (*A Cortelon.*) ¡Adiós!

ANA ¡Adiós! (*Vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA V

ANA, CORTELON.

CORTELON Hace tiempo que... Hace mucho tiempo que yo... En fin, Ana, las circunstancias... (*Tartamudea.*)

ANA Sí, papá, sí. Hace un buen pedazo de tiempo que yo no he tenido el gusto de verte.

CORTELON Yo quisiera explicarte...

ANA No te molestes, papá; te aseguro que todas las explicaciones son superfluas.

CORTELON ¡Pero, Ana, mi visita debe parecerte tan extraña... tan inverosímil...

ANA Yo no encuentro nada de extraño en tu visita... (*Pausa.*) ¿Necesitas quizás algo de mí?

CORTELON ¡No!... ¡Absolutamente nada!... (*Viendo que Ana no le quita la vista de encima.*) ¿Me encuentras cambiado?

ANA Sí, estás cambiado.

CORTELON Muy cambiado, ¿no es verdad?

ANA ¡Caramba! en diez años...

CORTELON ¡Ah! ¡No son diez años lo que yo he envejecido... Sino treinta!... ¡No me digas que no! Tú también me crees embrutecido... Acabado... ¡Ya me doy cuenta, ya!... Cuando tú salistes de casa, yo era un hombre. ¡Ahora soy un viejo!... (*Está delante de un espejo y se mira.*) Te asombra que me mire al espejo, ¿eh? ¡Esto no se me ocurría antes!... Ahora, ya lo ves, me estoy mirando constantemente, y esta mueca de viejo, estas patas de gallo que se ahondan cada día más y que me arrugan la cara como entre garfios, me dan miedo... ¡Ahí tienes otra cosa que yo no conocía: el miedo de morir! ¡Ahora me entran sudores por la noche, cuando pienso!... ¿Y por qué? ¡Santo Dios! ¡Yo me pregunto por qué esta rabia de vivir! ¡Por qué, si soy tan desgraciado! (*Se deja caer en un sofá; silencio.*)

ANA ¡Pero, papá... Yo creía... Me habían dicho que eras muy feliz!

CORTELON ¡Desconfío de lo que te hayan podido decir!... (*Pausa.*) Tú estás igual que hace diez años!... ¡Qué tristeza, pasarse diez años sin ver uno a su hija!

ANA ¡No debes haber sentido esa tristeza muchas veces, porque si no!...

CORTELON ¡Muchas veces!... No pretendo enternecerte... Pero, sí, la he sentido muchas veces!... He pasado por esta calle con la intención de entrar a verte, pero hasta hoy no me he atrevido... ¡Y es que hoy me encuentro más solo que nunca! ¡Ni amigos me quedan siquiera!

ANA ¿Pues, cómo?

CORTELON ¡Todos mis antiguos compañeros me han abandonado!

ANA ¡Tú eres el que los ha abandonado a ellos!

¿Por qué te has pasado al enemigo?

CORTELON ¿Pero crees que yo lo sé? Lo que yo puedo decirte es que cuando pienso en el pasado... Cuando yo era tan fuerte, cuando me tenía tan derecho y andaba tan derecho por la vida, cuando arrollaba todo lo que se me ponía delante, y me miro ahora, siento una amargura... Una de esas amarguras de que tú no te puedes dar idea, de las que nadie se puede dar idea. ¡Una cosa así como si viera uno morir a sus padres, luego a sus amigos y luego a todos los seres humanos y se quedara uno solo, completamente solo, en medio de la tierra! (*Ana se ha aproximado a su padre y le ha puesto una mano en la espalda.*) ¡Sí, hija mía... acércate a mí!... ¡Acércate!... ¡Sé cariñosa!... ¡Compadéceme! ¡Nadie se compadece ya de mí! (*Llora.*)

ANA (*Pasándole un brazo alrededor del cuello.*) ¡Padre mío! (*Pausa larga.*)

CORTELON ¡Tengo momentos de tal desesperación, que me parece imposible que no acabe todo de una vez!... Pero vienen las lágrimas... (*Bajando la voz.*) Porque ya ves, lloro... ¡Lloro muchas veces!... Lloro de despecho, de rabia, de pena... Sobre todo, de pena... Sin embargo, yo no era hombre de lloriqueos... Yo tenía arrebatos de ira que ya no tengo casi nunca. ¿Te acuerdas cómo temblaba la casa cuando yo gritaba?

ANA Sí, sí, me acuerdo.

CORTELON (*Bajando aún más la voz.*) Hasta el punto de que yo me pregunto muchas veces si todo eso que dicen de mí los periódicos que me combaten no será verdad... Si no pierdo a veces la chaveta.

ANA Dime, papá, ¿tú vives continuamente así... como yo te veo ahora?

CORTELON ¡No... tengo horas espantosas!... ¡Si du-

raran mucho, no las resistiría! Primero, que mi trabajo es enorme. El Senado, las sesiones, las comisiones... Todo esto me absorbe mucho... Y luego... Parece increíble que en un corazón como el mío, destrozado por todas las abominaciones, quede, sin embargo, tal confianza en la vida, una tan áspera necesidad de ser feliz, que a veces me doy la ilusión de la felicidad... (*Pausa.*) Esto no depende de mí solo, como tú comprenderás... Pero, en fin, algunas veces... Sí, sí... Yo creo que todavía... Mira, hablemos de otra cosa... Se está bien aquí, en tu casa... Aquí hay tranquilidad... Se recobran fuerzas... Tenme una hora contigo, ¿quieres?

ANA — Hoy no, papá. Hoy no puede ser... Va a venir una visita que... Es un hombre que tú has conocido y que te sería penoso volver a encontrar.

CORTELON — Despídelo.

ANA — Yo no puedo hacer eso con una persona a quien debo tantas atenciones.

CORTELON — ¿Quén es?

ANA — (*Después de vacilar.*) Leclerc.

CORTELON — ¡Leclerc! (*Pausa.*) ¡Recibes a Leclerc!... ¿Pero no sabes, Ana, que ese hombre es mi enemigo mortal? Los ataques más violentos y más duros que han caído sobre mí han sido los de ese hombre. Hasta mi vida privada la han llenado de fango las gentes que le siguen... ¡Yo no puedo dar un paso sin encontrar delante de mí a ese miserable... desde el día que lo eché de mi casa!

ANA — El mismo día me echaste a mí. (*Pausa larga.*)

CORTELON — Tienes razón... Adiós... Me voy... ¡Qué le vamos a hacer!

ANA — Adiós, papá... Ya sabes, cuando quieras...

CORTELON Gracias, Ana. (*En el momento de salir cambia de ideas bruscamente.*) Oye, voy a pedirte una cosa inverosímil... Es una idea que se me ocurre de pronto... Me harías un favor incalculable... ¿Quieres?

ANA Tu dirás, papá.

CORTELON Déjame hablar con Leclerc.

ANA Bueno... Si él quiere...

CORTELON No... No... Sin avisarle; que me encuentre aquí como por casualidad. Me dejas solo y yo le esperaré.

ANA ¡Solos, tú y Leclerc!

CORTELON ¡No pensarás que le preparo una emboscada!

ANA ¡Pero, papá, escríbele!... ¡Pídele una entrevista!

CORTELON (*Febril.*) Hija mía, Aquiles Cortelon no puede pedir una entrevista a Vicente Leclerc. ¡Eso no puede ser, compréndeme!... Además, ya le conoces... Es un hombre soberbio y está continuamente en guardia... Me mandaría a paseo y quizá enseñaría por ahí mi carta... Y, sin embargo, de algunos minutos de conversación puede depender el reposo de mi vida... En medio de mi desesperación hallo una rama donde agarrarme. ¡No la apartes!... Después de todo, no es un gran sacrificio el que le impondrás a tu amigo Leclerc. ¡Yo te aseguro que el papel más digno será para él!

ANA (*Que cede.*) Me desesperas, papá, pero créeme, no puedo... Si Leclerc estuviera en mi lugar, se negaría también... Tú tendrás alguien que pueda hablar con él... Que le diga lo que tengas que decirle... Yo misma, si tú quieres...

CORTELON ¡Por todo lo del mundo! ¿Sabes? no te puedo explicar... Se trata de una cosa muy triste... Tan triste y tan amarga,

que el peor de mis enemigos no se burlaría si la supiera... Ana, no me niegues ese favor... ¡Soy viejo y necesito descansar!... ¡Hija mía, querida, ten piedad de tu pobre padre!...

ANA — ¡Ah, papá, si me hubieras hablado así otras veces! (*Ana se dirige hacia la puerta.*)

CORTELON — ¿Dónde vas?

ANA — Espera un momento. (*Sale y vuelve a los pocos momentos.*) He ido a dar el recado a la muchacha que viene ahora de la calle... Ella pasará aquí a Leclerc y tú le recibirás... ¡No! ¡no! no me des las gracias... ¿Quieres ver mi museo?

CORTELON — Sí... Todos los años he visto tus obras en el Salón... ¡Tienes mucho talento, hija mía! ¡Eres una grande artista!... ¡Si tuviera derecho, yo estaría orgulloso de ti!... Es bueno el trabajo, ¿eh?... (*Pausa.*) ¿Me querías mucho, Anita?

ANA — ¡Sí, papá; te he querido mucho!... ¡Te respetaba tanto! ¡Te admiraba tanto! ¡Te he querido mucho!...

CORTELON — Ya ves, Anita, nunca lo he sospechado... Yo creía más bien que me tenías algún afecto y que eras celosilla... (*Llaman.*)

ANA — El es... Te dejo... Arriba estoy, en mis habitaciones...

(*Vase Ana. Cortelon está disimulado entre las esculturas y los artefactos. Entra Leclerc. No se observa en él cambio alguno.*)

ESCENA VI

CORTELON, LECLERC.

CORTELON — (*Avanzando.*) Señor...

LECLERC — Caballero... (*Reconociendo a Cortelon.*)

¡Ah! ¡perdón!... ¡No sabía!... ¡Me he equivocado!

CORTELON No, señor. Yo he conseguido de mi hija que me proporcionara esta entrevista con usted.

LECLERC No creo que tengamos nada que decirnos y estoy verdaderamente asombrado de que Ana...

CORTELON Le aseguro a usted, señor, que tengo que hablarle con urgencia.

LECLERC Es usted un hombre raro... El único tal vez a quien yo hubiera negado la conversación en otro sitio que no fuera éste... Pero creo que Anita no me habrá proporcionado este disgusto sin un motivo serio. Tenga usted en cuenta que si le escucho es solamente por deferencia a ella.

CORTELON ¡No es usted de los que dan ánimos, no! Pero, en fin... Ante todo, permítame usted que le diga que después de su discurso de anteayer es usted el jefe indiscutible de su partido...

LECLERC En nuestro partido, señor, son todos iguales. Nosotros somos unas buenas gentes que luchamos por la justicia.

CORTELON Pero no era de política de lo que yo quería hablarle a usted.

LECLERC Pues usted dirá.

CORTELON Señor Leclerc, cuando yo le hice a usted redactor de «El Popular», era usted un desconocido. ¿Se acuerda usted?

LECLERC Perfectamente. Un desconocido y un pobre diablo.

CORTELON Si usted ha llegado tan pronto a la celebridad, me lo debe a mí... ¿Por qué me odia usted?

LECLERC No le odio a usted. ¡Le desprecio!

CORTELON No es generoso, señor, responderme con un insulto.

LECLERC Es usted el que me obliga a precisar mis

sentimientos... Sin embargo, ya los conoce usted; no los escatimo ni en mis artículos ni en mis discursos... Cuando nos separamos, yo tenía contra usted un poco de ira. Yo era su discípulo y veía que por una inconcebible debilidad pecaba usted contra las doctrinas que me había enseñado... Después, toda la carrera de usted es un camino tortuoso. Por eso le dije, hace un momento, que toda discusión entre nosotros me parece inútil. Hay ciertos enemigos de cuya lealtad yo no me hago ilusiones, pero a veces digo: «¿Quién sabe? Tal vez están colocados donde la luz no penetra»... Pero usted, yo sé que estaba inundado de luz y ha cerrado los ojos para no verla... Por eso le desprecio.

CORTELON Bien... (*Pausa.*) Hemos llegado a las razones que me han hecho buscar esta entrevista con usted... Usted ha pasado este verano algunas semanas en Luchon... Otra persona se encontraba también allí al mismo tiempo...

LECLERC Usted se refiere sin duda a su mujer.

CORTELON Justamente. Ella ha cometido la grande imprudencia—lo he sabido a su regreso—de exhibirse con usted. Esto me ha apenado, pero no me ha sorprendido. Mi mujer es cómo una chicuela, aturdida y loca... Pero la conducta de usted me ha extrañado. Hasta de los más encarnizados enemigos se debe tener una cierta consideración.

LECLERC Le repito que yo no tengo para usted ninguna consideración.

CORTELON Pero, señor, ¿por qué busca usted entonces la amistad de una mujer que comparte todas las ideas políticas de su marido?

LECLERC Esa señora puede tener las opiniones que

le dé la gana ; a mí eso me es indiferente. Además, yo era amigo de la familia Doulers antes que usted ; no veo por qué razón iba a rechazar ahora esa antigua amistad.

CORTELON De donde deduzco que se trata de una simple cortesía...

LECLERC Deduzca usted lo que le parezca.

CORTELON Escuche usted, Leclerc ; si usted no me odia a mí, yo sí le odio a usted... No le odio por sus ataques ; ¡ me han atacado tanto !... Le odio porque usted se parece al hombre que yo fuí... Y al que yo hubiera sido... ¡ Bien ha aprovechado usted mis lecciones !... Comprenda usted, Leclerc... ¡ Usted encarna mis remordimientos !... Sí, sí... Tengo remordimientos. Ya lo sabe usted. Tengo remordimientos desde el día que empecé a vivir de una manera tortuosa. Su nombre de usted está también unido a ese recuerdo odioso, porque usted se rebeló aquel día para no ser mi cómplice... ¡ Todo esto que estaba en mí como dormido lo ha hecho usted estallar diciéndome en la cara, después de tantos años, lo que yo más temía ! Pues bien, a pesar de mi odio, si usted estuviera ante mí como yo estoy ante usted en este momento... No sé... Yo dudaría... Yo me preguntaría : «¿ Qué es lo que ha hundido a este hombre... Lo que le ha arrastrado ?»... ¡ Pero eso es lo que usted no sabe !... ¡ Usted habla en hombre joven, en hombre fuerte !... ¡ Usted no sabe !...

LECLERC ¿ Pero dónde va usted a parar ?

CORTELON Tiene usted razón... Tiene usted razón... Mire : circulan por ahí unos rumores acerca de las entrevistas de usted y de mi mujer en Luchon... Me comprende us-

ted, ¿no?... Son mentiras infames... Sin embargo, yo me sentiría más... Yo le agradecería a usted... Yo tengo una confianza absoluta en su palabra de honor... Sí, absoluta... si usted...

LECLERC ¡Ah!... pero si no se explicaba usted... Acabáramos de una vez... Por consideración a su mujer le doy mi palabra de honor de que jamás ha habido entre ella y yo más que una simple amistad... Creo que con esto puede terminar nuestra entrevista.

CORTELON Le doy a usted las gracias, señor... Sí, muchas gracias... Pero le pido a usted otra seguridad aún, ¡ah! bien legítima... La de que en adelante cesará usted todo trato con ella, que no la saludará usted siquiera, que la tendrá usted por una extraña, por una desconocida... Le pido a usted esto en el nombre de nuestra enemistad.

LECLERC Me niego desde ahora a cometer esa grosería.

CORTELON Tiene usted, pues, un propósito al insistir en verla a pesar de mi...

LECLERC Le repito que no pienso ofender a una amiga para complacerle a usted.

CORTELON (*Conteniéndose.*) Es usted un adversario que se aprovecha cruelmente de sus ventajas. Me parece que yo tengo el derecho de...

LECLERC ¿Pero tiene usted más que prohibirle a ella que trate conmigo? El día que me dé a entender que no quiere seguir las relaciones, yo no tendré el mal gusto de insistir. A ella es a quien debe usted imponer su voluntad.

CORTELON (*Estallando.*) ¡Mi voluntad!... ¡Vamos, hombre, vamos!... ¡No se ría usted más de mí!... ¿Pero qué? ¿es que usted no

comprende? Dirigiéndome a mi mujer, sólo conseguiré ensuciarme un poco más... Mi mujer es una... mala mujer que no tiene corazón.

LECLERC Yo le ruego a usted...

CORTELON ¡Ah! ¡Peor para mí! ¡Si lo he de decir todo!... ¡Escuche usted! ¡Escuche usted! ¡Le aseguro que es menos difícil de escuchar que de decir!... ¡Nadie sospecha la farsa que yo represento!... ¡Este papel de marido imbécil y ciego he sido yo el que lo ha elegido!... ¡Pero no crea usted que es agradable hacerse uno mismo su propia caricatura! ¡No! Esto pone el pelo blanco y luego siente usted como si le desgarraran por enmedio... ¡Es un oficio que no rejuvenece!... ¡Ca!... Decirle a usted cómo de decadencia en decadencia he llegado a la perfección, a la virtuosidad en mi empleo, esto sería muy largo. ¡Lo más extraordinario es que hallo aún manera de sufrir!... Y, sin embargo, he sufrido tanto por esta mujer, que en ciertos momentos creía haber tocado ya el fondo del dolor... ¡No se vaya usted!... ¡Escúcheme!... ¡Escúcheme todavía!... ¡Usted no sabe las angustias, las debilidades, las pobres cosas que hay en el corazón de los viejos que están enamorados!... ¡Los amores de los viejos están hechos de tristezas... de alegrías fracasadas!... Y como se siente la muerte sobre la espalda... se tiene prisa... Entonces cualquier obstáculo... una nube en el horizonte le llena a uno de espanto... Por eso se cometen cobardías... Se empieza cometiendo una pequeña... Después vienen las grandes... ¡Esa muchacha, que es mi mujer, sabía bien su negocio!... ¡Cómo me ha agarrado!... ¡Ah, yo también

conozco ahora a mi Antoñita!... Esto me sirve para espiar en sus ojos, en sus palabras, en sus gestos, los deseos nuevos... ¡Una cosa muy útil!... (*Vacila brevemente.*) Voy a decirle a usted... puesto que es necesario apurar el cáliz hasta la última gota... ¡En este momento es usted el que ella piensa añadir a la lista!... ¡Ya tiene usted explicada la razón de mi insistencia!... Tal vez considere usted que su enemigo está bastante envilecido, sin que sea necesario echar sobre él esta nueva mancha... ¡Por otra parte, ya hay otros que se encargan de eso!... Vamos, señor, deme usted la palabra que le pido... Me ahorraría usted un poco de vergüenza. ¡Ya trago más de la que me corresponde!...

LECLERC Todo lo que puedo prometerle es el secreto eterno sobre esta conversación. Adiós, señor.

CORTELON (*Que le cierra el paso.*) Entonces, ¿se niega usted?... Se marcha usted sin prometerme... ¡Ah! Pero cree usted que yo me he humillado en el cieno para...

LECLERC ¡Basta ya!... ¡Déjeme usted salir!

CORTELON ¡Tenga usted cuidado! ¡Está usted jugando con fuego! ¡Tenga usted cuidado!

LECLERC ¡Oh! ¡No me asusta usted!...

CORTELON (*Agarrando por la cabeza una estatuita de bronce y levantándola sobre Leclerc.*) ¡Ah! (*Deja caer la estatua.*)

LECLERC (*Que no se ha movido, dirigiéndose hacia la puerta.*) ¡Acabemos de una vez! ¡Esto es ridículo!

CORTELON (*Deteniéndole y casi con lágrimas.*) ¡Pero tenga usted piedad de mí... ¡Cristo!... ¡Un perro le lamería a usted los zapatos y no le rechazaría usted como me rechaza a mí!... ¿Usted no sabe cómo la amo

yo!... ¡Es atroz!... ¡Lo he aceptado todo!... ¡Los he aceptado a todos!... ¡Pero a usted, no... ¡A usted, no quiero!... ¡Júreme usted!... ¡Dígame usted algo!... ¿Pero de qué tiene usted hecho el corazón?... ¡Usted ha vivido siempre para su orgullo!... ¡Y no está usted satisfecho!... ¡Por las llagas de Cristo! ¿Qué necesita usted?... ¡Yo soy su antiguo director.. yo soy su adversario!... ¿Quiere usted verme de rodillas?

LECLERC ¡Déjeme usted pasar!

CORTELON ¡Ea, aquí me tiene usted! (*Cae de rodillas.*)

LECLERC Vamos, Cortelon...

CORTELON Pues júreme usted que...

LECLERC ¡Déjeme usted en paz!...

CORTELON (*Siempre de rodillas, agarrado a Leclerc.*) ¡Leclerc!... ¡Amigo mío!... ¡Por lo que usted más quiera!... ¡Júreme!... ¡Júreme! (*Le ahogan los sollozos. Se derrumba.* (*Leclerc se desprende y sale.*)

TELÓN



ACTO CUARTO

Este acto transcurre cuatro años, aproximadamente, después del tercero. Un salón de un ministerio.

ESCENA PRIMERA

ANTOÑITA *y* UN UJIER

(Antoñita está escribiendo. Entra un ujier llevando en una bandeja una tarjeta de visita.)

ANTOÑITA ¿Qué es eso?

EL UJIER El señor Aubret, de «La República Cotidiana», para hablar con el señor ministro. *(El ujier se dirige hacia una puerta.)*

ANTOÑITA No se puede molestar al señor en este momento.

EL UJIER El señor ministro tiene citado a ese señor a las tres.

ANTOÑITA Es igual. Ahora no está visible para nadie. Lleve usted a ese reporter a que hable con el señor Gerard o con uno de los secretarios.

EL UJIER Bien, señora... Abajo hay muchos periodistas que esperan la salida del señor ministro.

ANTOÑITA Pues que les digan que están perdiendo el tiempo. El señor no saldrá hasta las cinco y media, para la Cámara, y no se va

a poner a charlar con esos señores.

EL UJIER Bien, señora, pero creo que no se marcharán, a pesar de todo. (*Sale el ujier. Antonia se pone de nuevo a escribir. Reaparece el ujier.*)

EL UJIER La señora y la señorita de Lecerf.

ANTOÑITA (*Recordando.*) Lecerf... Lecerf... Que pasen.

ESCENA II

ANTOÑITA, *la señora de* LECERF, *la señorita de* LECERF *y el joven* LECERF, *un papanatas de uniforme de cadete.*

SRA. LECERF (*Precipitándose y con voz de infinita compasión.*) Buenos días, señora.

ANTOÑITA (*Con amable naturalidad.*) Buenos días, querida amiga... Siéntese.

SRA. LECERF (*Doliente.*) No le presento a usted a mi hija, porque ya ha tenido el honor de ser recibida por usted...

ANTOÑITA Sí, sí... Recuerdo haber visto a esta señorita en una de nuestras recepciones.

SRA. LECERF Este es mi hijo mayor.

ANTOÑITA El ingeniero, ¿eh?... Ya veo que sigue las huellas de su padre y que será, como él, un grande hombre...

SRA. LECERF Es usted demasiado buena, señora... (*Dando un gran suspiro de angustia.*) ¡Ay!... (*Pausa. Aspirando fuertemente, antes de decir la necedad que sigue.*) No atribuya usted nuestra visita de hoy a una simple cortesía... No, señora. Yo me he dicho: Si en los momentos dolorosos que atraviesa la señora Cortelon, no hay más que una mujer para confortarla, si no hay más que una familia para ponerse a su lado, esa mujer seré yo, esa familia será la familia Lecerf. Sí, señora, yo...

ANTOÑITA (*Interrumpiéndola.*) Gracias, señora Lecerf, muchas gracias... Agradecidísima... Pero desde hace varios días tenemos la casa materialmente atestada... Mi marido y yo apenas podemos hacer otra cosa más que atender a una multitud de amigos que, lo mismo que usted, quieren demostrarnos su adhesión y su afecto.

SRA. LECERF (*Cortada.*) ¡Ah!... (*Pausa.*) No me sorprende... Lo mismo usted que el señor Cortelon han sabido ganar todos los corazones.

ANTOÑITA Es que, realmente, mi marido no tiene otra preocupación que la de servir a su país. Es el sacrificio de una vida entera consagrada a los intereses de la República.

SRA. LECERF Sí, señora, sí... Verdaderamente... (*Pausa.*) ¡Sin embargo, hay que ver las infamias que publican esos periódicos!

ANTOÑITA El lenguaje que emplean los periódicos es sencillamente repugnante. ¡Esa manera de hablar de la Prensa deshonra a un país!

SRA. LECERF En Inglaterra, mi marido obtendría un millón por daños y perjuicios...

SRA. LECERF ¡Y en Alemania!...

ANTOÑITA ¡Y en Austria!...

EL CADETE ¡Y hasta en Rusia!... ¡En Rusia, a los periodistas que atacan al Gobierno se les deporta a Siberia y asunto terminado!...

ANTOÑITA Así es, en efecto.

SRA. LECERF Mi hijo entiende de esas cosas, pero yo me quedo completamente en ayunas... He oído ese escándalo que han formado sobre el monopolio de los Carbones... Y el discurso del señor Cortelon... Y otra porción de historias...

ANTOÑITA Pues es muy sencillo. Desde hace algún tiempo la derecha y la extrema izquierda hacen una campaña tremenda de calumnias contra el señor Cortelon. Una de las

cosas que le dicen es que ha traficado con su acta de senador.

SRA. LECERF ¡Eso es tonto!

ANTOÑITA (*Riendo.*) Completamente tonto! Figúrese usted que dicen que mi marido cobró ciento cincuenta mil francos por pronunciar aquel gran discurso que hizo cambiar la opinión en el Parlamento,

SRA. LECERF Eso no se debe tomar en serio.

ANTOÑITA ¡Ciento cincuenta mil francos!... ¡El! ¡El, que se retirará de la vida pública, pobre! Gracias a Dios, esta tarde «*è finita la comedia*». Dentro de un rato el marqués de la Chamaille interpelará a mi marido y leerá el famoso, el misterioso documento acusador. Mi marido responderá, replicará en cuatro palabras, y tendrá un voto de confianza por una inmensa mayoría. Ni más, ni menos.

SRA. LECERF A pesar de todo, el pobre señor Cortelon debe estar trastornado!

ANTOÑITA ¡Quién! ¿El? ¡No se ríe poco de todo eso!... Aquí, al lado, está trabajando... Pero en otras cosas, de las muchas que tiene que hacer.

SRA. LECERF ¡Pero la sesión de esta tarde!...

ANTOÑITA No le preocupa absolutamente nada. Se irá a la Cámara dentro de un rato... A eso de las cinco y media... La interpelación del marqués de la Chamaille va un poco antes de la discusión de nuestro presupuesto, que no empezará hasta las seis...

SRA. LECERF Es asombrosa, esa serenidad.

ANTOÑITA ¡Oh! Después de cuarenta y tres años de política... Imagine usted.

ESCENA III

Dichos, EL UJIER *y* GERMÁN LEROY.

EL UJIER (*Anunciando.*) El señor Germán Leroy. (*Aparece un joven elegante y guapo.*)

GERMÁN Buenas tardes, señora (*Besa la mano de Antoñita.*)

ANTOÑITA (*Con voz muy dulce.*) Buenas tardes, Germán. ¿Cómo está usted?

GERMÁN Muy bien, ¿y usted?

ANTOÑITA Muy bien... Siéntese usted.

GERMÁN Gracias... (*Se sienta. Pausa. Antonia y Germán parecen desear que se vayan los Lecerf; pero los Lecerf permanecen.*) ¿Que, usted está bien?

ANTOÑITA (*Tierna.*) Sí, sí... Muy bien ¿y usted?

GERMÁN ¡Muy bien! (*Nuevo silencio.*)

ANTOÑITA ¿Ha regresado ya su padre?

GERMÁN Sí, ha venido ayer. Esta tarde presidirá la sesión del Senado... Sí... El presidente está enfermo .. (*Otro silencio.*)

ANTOÑITA (*A los Lecerf.*) ¿Una taza de te?

SRA. LECERF No, muchas gracias... Vamos a marcharnos... (*Se levanta un momento después.*) Hasta otro día, señora.

ANTOÑITA Hasta que usted quiera... (*Saludos.*) Tiene usted un hijo muy inteligente y una niña encantadora...

SRA. LECERF Es un poco tímida.

ANTOÑITA Pero es monísima... Adiós, señorita... Adiós, señor. (*Vanse los Lecerf.*)

ESCENA IV

ANTOÑITA *y* GERMÁN, *luego* DOULERS.

(*En cuanto salen los Lecerf, Germán va vivamente hacia Antonia.*)

GERMÁN ¡Antoñita!... ¡Qué feliz me siento a solas con usted! (*Cogiéndola las manos, que suelta en seguida.*)

ANTOÑITA Yo también, Germán, yo también...

GERMÁN ¡Si usted supiera!... ¡He pasado una noche espantosa!... ¡Antoñita!... ¡Tengo tanto miedo!

ANTOÑITA ¿Miedo?...

GERMÁN ¡Miedo por usted!

ANTOÑITA No sé lo que quiere usted decir.

GERMÁN ¡Sí, sí; lo sabe usted!... Si la sesión de esta tarde acabara mal... Si la interpelación...

ANTOÑITA ¡Pero todavía!... Le aseguro a usted que me ofende, Germán.

GERMÁN ¡Perdón!... Perdóneme usted, pero es que la quiero a usted locamente. (*Le coge otra vez las manos.*)

ANTOÑITA (*Retrocediendo.*) ¡Tenga usted cuidado! ¡Tenga usted cuidado!

GERMÁN ¿Está ahí?

ANTOÑITA Sí... Está trabajando... ¡Oh! pero no puede oirnos... (*Pausa. Germán, que se ha contenido, está sofocado.*) Vaya, Germán, no quiero verle a usted así y, sobre todo, no quiero que piense usted esas cosas... Mi marido tiene sus defectos... Verdaderamente, tiene grandes defectos... Yo he vivido a su lado una vida muy desgraciada... Pero como honrado, es el hombre más honrado que hay... Respondo de él como de mí misma.

GERMÁN Más vale así... ¡Pero si usted oyera ha-

blar a todas esas gentes!

ANTOÑITA Esas gentes son repugnantes. No piensan más que en manchar y en destruir... Recuerde usted las infamias que han propalado sobre mí... Usted mismo me las ha contado.

GERMÁN Sí, pero esas eran calumnias sin fundamento. Usted me ha dado la prueba.

ANTOÑITA Tal vez, si no me quisiera usted, no me hubiera usted creído...

GERMÁN No sé... pero esto es otra cosa. Esa carta existe. Cortelon le ha escrito una carta a Zambaux.

ANTOÑITA No le ha escrito una, le ha escrito cincuenta, pero en una época en que Zambaux estaba considerado por todo el mundo como un gran industrial muy honrado. Nadie podía sospechar entonces que Zambaux fuera un corruptor... Un estafador...

GERMÁN ¡Sea!... Sin embargo, Antoñita, otra palabra acerca de esto. ¡No se enfade usted! Permítame usted una suposición... una hipótesis... desagradable... terrible... ¿Me permite usted que la haga?

ANTOÑITA Diga usted.

GERMÁN Si acaso se engañara usted... Si hubiera usted sido engañada... Si dentro de dos horas le hubieran demostrado a Cortelon que había cobrado las ciento cincuenta mil...

ANTOÑITA ¡Oh! entonces mi conducta sería sencillísima. Usted sabe que lo que es amar a mi marido, yo no le he amado nunca. Yo le quiero a pesar de sus injusticias y de sus violencias, como una hija puede querer a un padre. ¡Pero si resultara ahora que se había burlado de mí, que me había engañado y que yo he sacrificado mi juventud y mis alegrías a un hombre sin honor, ¡ah! el mundo me juzgaría como

quisiera, pero yo dejaría a Aquiles Cortelon en el acto y para siempre!

GERMÁN ¿Vendría usted conmigo?

ANTOÑITA ¡Cállese usted, Germán!

GERMÁN No, no me debo callar... Escuche usted, Antoñita, yo soy un hombre libre y casi rico...

ANTOÑITA ¡Oh! Germán...

GERMÁN No hay más remedio. Es preciso decir estas cosas. Mi tío me ha dejado una bonita fortuna. Tengo propiedades en Escocia. Nos refugiaremos allí... Yo soy de usted en cuerpo y alma. Le ofrezco a usted mi nombre, mi vida...

ANTOÑITA ¡Cállese usted, cállese usted!...

GERMÁN Sufro mucho, Antoñita, sufro mucho. Le doy a usted mi palabra de que estoy trastornado.

ANTOÑITA ¡Qué loco!

GERMÁN Júreme usted, por lo menos, que no olvidará mis palabras. ¡Júremelo usted!

ANTOÑITA No quiero que sea usted desgraciado, Germán... ¡Se lo juro!

GERMÁN ¡Gracias! Muchas gracias... (*Ella está muy cerca de él. Aparece Doulers.*

ANTOÑITA (*Presentándole, no sin gravedad.*) ¡Mi padre!

GERMÁN (*Inclinándose profundamente.*) Señor...

ANTOÑITA El señor Leroy se marchaba precisamente en este momento.

DOULERS ¡Ah! Sí...

ANTOÑITA Conque, adiós, ¿eh? Hasta muy pronto.

GERMÁN (*Besando la mano de Antoñita.*) Hasta la vista, señora. (*Yendo a Doulers y estrechándole la mano con vigor filial.*) Hasta la vista, don Julio.

DOULERS (*Obsequioso.*) He tenido un gran honor... Presente usted mis respetos a su señor padre... (*Se precipita para acompañar a Germán hasta la puerta.*)

ESCENA V

ANTONIA, *y* DOULERS.

DOULERS ¡Es simpático, este chico!

ANTOÑITA Y guapo, ¿verdad?

DOULERS Muy simpático; muy agradable...

ANTOÑITA ¿Vienes de la Cámara?

DOULERS Sí.

ANTOÑITA ¿Qué noticias hay?

DOULERS No hay noticias... Los pasillos están atestados y sopla un viento de honradez que atufa... Unas caras así de largas hay... (*Pausa.*) ¿Sabes que empiezo a tener así... como miedo?

ANTOÑITA No sé qué vas a sacar con preocuparte. Lo que sea, ello sonará.

DOULERS Tú siempre has sido fatalista. ¿Le has vuelto a preguntar a Aquiles...?

ANTOÑITA Sí... Un poco.

DOULERS ¿Y qué te ha contestado?

ANTOÑITA Siempre lo mismo: que le escribió una carta a Zambaux, pero una carta sin fecha, que no significa nada... No he querido insistir... Ya conoces a Aquiles; si lo pongo nervioso, no dará pie con bola.

DOULERS ¡Por los clavos de Cristo! ¡Cuánto daría yo por que hubiera pasado ya ese trago!... ¡Qué lástima! ¡Un negocio tan bonito, hecho con tanta limpieza! Ciento cincuenta mil francos para vosotros, veinticinco mil de comisión para mí... Todo en billetes... Nada de cheques ni rastro de ninguna clase... Y todo esto comprometido, revelado al cabo de dos años, por una torpeza de...

ANTOÑITA Pero, ¿por qué te empeñas en que haya

cometido Aquiles esa torpeza?

DOULERS — ¡Qué se yo! Hay momentos en que Cortelon está completamente idiota. ¡Tú embruteces a ese desdichado!

ANTOÑITA — Naturalmente; ahora voy a tener yo la culpa.

DOULERS — ¡No te quepa duda! Ese hombre no piensa más que en darte gusto, en alegrarte la vida, y tú...

ANTOÑITA — ¿Sabes que me estás fastidiando, papá?

DOULERS — Dispénsame... Estoy nervioso... (*Pausa.*) Oye, Toto; es preciso precaverlo todo. Si esto se lo llevara la trampa, ¿te coge prevenida?

ANTOÑITA — ¡Oh! ¡Qué cosas preguntas!

DOULERS — Mujer, creo que conmigo te puedes franquear.

ANTOÑITA — Hay un muchacho que está enamorado de mí, pero de una manera seria.

DOULERS — ¡Quién! ¿El chico este, Germán?

ANTOÑITA — Sí... ¡Me adora! Ese me llevará y se casará conmigo.

DOULERS — Tiene mucho dinero, ¿verdad?

ANTOÑITA — Mucho... Además, me gusta.

DOULERS — ¡Ah! Tiene un tipo muy agradable ese muchacho. (*Pausa larga.*)

ANTOÑITA — ¡De todas maneras, eso sería muy duro!

DOULERS — ¡Dímelo a mí! (*Pausa larga.*)

ANTOÑITA — ¿Y tú, papá, qué vas a hacer?

DOULERS — Tú verás. Yo me tendré que quedar, aquí. ¡Mira que sería divertido ser el suegro de un granuja!

ANTOÑITA — Pero bueno, ¿has tomado tus precauciones?

DOULERS — ¡Mis precauciones! ¡Mis precauciones! Naturalmente, he tomado mis precauciones... He ahorrado unos cuartejos... Además, he comprado allá en nuestra provincia un poco de terreno... Cerca de Tolosa. Me retiraré allí... Porque tendré que

dimitir mi cargo de Consejero general... Dentro de un par de años volveré a presentarme a diputado.

ANTOÑITA ¿Te divierte la política?

DOULERS ¡Psh! En algo hay que ocuparse... Además, yo me debo a mi país... ¿eh?

ANTOÑITA ¡Claro!

DOULERS Lo que es menester es que ese imbécil escape bien de ésta. (*Entra Cortelon. Es un espectro.*)

ESCENA VI

Dichos y CORTELON.

DOULERS De ti estábamos hablando.

CORTELON (*Que tiene en la mano unas cuartillas.*) ¡Buenas tardes, Julio!

ANTOÑITA ¡Qué, Aquiles! ¿Tienes ya el discurso?

CORTELON ¡Sí, ahora ya lo sé!... Lo leeré otra vez antes de salir.

DOULERS (*A Antoñita.*) ¿Está bien el discurso?... ¿Lo has oído tú?

ANTOÑITA Sí, es muy hermoso.

DOULERS ¡Qué! ¿Atacas fuerte?

CORTELON ¡Ya lo verás! ¡Déjame!

ANTOÑITA. ¡Tienes razón! ¿Para qué se va a cansar ahora?

DOULERS Pero bien, ¿va a echar espuma por la boca, a rugir, a dar puñetazos en el pupitre?...

ANTOÑITA Nada de eso. Al contrario; será muy digno y muy fuerte.

CORTELON Yo subiré a la tribuna lentamente... Muy lentamente...

ANTOÑITA Pero mirándolos a todos cara a cara.

CORTELON Y comenzaré así: «Señores diputados, de todos los caminos que se presentan al

hombre de honor calumniado, el más tentador es el profundo silencio, que significa el desprecio más profundo. Si yo no hubiera tenido el honor de sacrificar cincuenta años de mi vida a la democracia, a la libertad y a la República, si yo no representara aquí una fracción del país, tendría yo el derecho, en esta hora, de expresar al señor marqués de la Chamaille, con un simple encogimiento de hombros, el desdén que me inspiran su persona, sus acusaciones y sus amigos (*Señalando a la derecha*) declarados (*señalando a la izquierda*) o vergonzantes.

ANTOÑITA En ese momento se arma un jaleo terrible.

DOULERS ¡Pero terrible! Los socialistas empiezan a rugir: «¡Abajo el apóstata!»

ANTOÑITA Y tú te vuelves hacia la derecha...

DOULERS ¡O hacia la extrema izquierda!

ANTOÑITA No, no; hacia la derecha, y gritas...

CORTELON Grito... Grito... (*Pasándose la mano por la frente.*) ¿Qué es lo que grito?

ANTOÑITA ¡Ah! ¡si lo olvidas!

CORTELON ¡Ah! sí!... Yo grito: «¡Exijo vuestra atención!... Vosotros deberíais comprender que ahora preferiría mil veces morir, antes que renunciar a que me haga justicia la patria, que nos escucha!»

DOULERS ¡Bravo!... ¡Ese golpe es magnífico! ¡Menuda ovación te va a hacer el centro!

ANTOÑITA Sí... Sí; pero eso si lo dices con más arrogancia... ¡Si no levantas la cabeza, eres hombre perdido!... Desde hace un año, tienes el aspecto de un pobre diablo cuando estás en la tribuna... ¡Estás agobiado como si llevaras sobre las espaldas todas las miserias del mundo!

CORTELON ¡Estate tranquila, Toto!... En cuanto comience a hablar...

DOULERS Sin embargo, procura pensar en eso... ¡Es muy conveniente! ¡Sacude la crín, como un viejo león!... ¿Sabes?... Como el día que hablaste de los carbones... (*Tocándole alegremente en el brazo*) el día que te ganaste las ciento cincuenta mil... (*Un frío glacial se extiende.*) ¡Bueno, hijos míos, no hay que reirse todavía demasiado!

ANTOÑITA Lo que es tú, papá, tienes unas bromas...

DOULERS (*A Cortelon.*) ¡Qué importa! ¿verdad?... ¿Y qué dices después?

CORTELON Después... Después... Yo espero que me dejarán continuar... Y diré: «Señores, el que está ante vosotros en este momento, el que tantas veces ha subido a esta tribuna para dar la voz de alarma, para denunciar la corrupción, para defender las instituciones amenazadas, el régimen en peligro, etc..., etc...» (*Se sienta.*)

DOULERS ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Esto sale a pedir de boca!... Me siento rejuvenecido. (*Pausa.*) Completamente rejuvenecido... (*Pausa.*) Oye, querido Aquiles...

CORTELON ¿Qué?

DOULERS Tú no has hecho la tontería de escribirle una carta a Zambaux... Una carta de esas que... ¡En fin, una carta de!...

CORTELON ¡Que no! ¡que no! ¡Te he dicho cien veces que no! Vas a acabar por irritarme.

DOULERS Bueno... Hijos míos, yo me escapo... Voy otra vez allá, a husmear un poco por los pasillos... No me puedo estar quieto en ninguna parte! (*A Cortelon.*) Dentro de una media hora vendré por ti para acompañarte a la Cámara ¿Eh? Adiós.

ESCENA VII

ANTOÑITA *y* CORTELON.

(Un silencio largo. Cortelon está sentado, con la mirada perdida. De pronto, se incorpora, dando una especie de grito ahogado.)

ANTOÑITA *(Volviéndose, asustada.)* ¿Qué te pasa?

CORTELON ¿A mí?... Nada... Nada... *(Pausa.)* ¡Mi Toto!...

ANTOÑITA ¿Qué?

CORTELON ¿Has visto «La Revista Ilustrada»?

ANTOÑITA No... ¿Por qué me preguntas eso?

CORTELON Publica tu retrato en la portada.

ANTOÑITA ¿Sí?

CORTELON Sí... Escotada... En tu traje rosa... ¿Sabes? en...

ANTOÑITA ¡Ah! ¿en el traje que llevé a la recepción de la embajada de Italia?

CORTELON Sí, eso es; en ese. ¡Qué bonita estabas aquella noche!

ANTOÑITA *(Desprendiéndose bruscamente.)* ¡Ah! no. ¡Déjame! O me dejas o me enfado. ¿Pero te has vuelto loco? ¡Dentro de una hora tienes que hablar, tienes que defenderte! ¡Tienes que salvar tu vida! *(Poniéndole violentamente los papeles en la mano.)* ¡Toma, enciérrate en tu despacho y repite el discurso! Pero inmediatamente, ¿oyes?...

CORTELON ¡Bueno, Toto mía! ¡No me regañes! ¡Déjame abrazarte!

ANTOÑITA ¡No, ahora no! *(Le presenta ella los labios. Beso breve.)*

ANTOÑITA ¡Bueno, vete, vete!

(Vase Cortelon. Una vez sola Antoñita se encoge de hombros con un gesto hosco y huraño.)

ESCENA VIII

ANTOÑITA *y el* UJIER.

(*Entra el ujier. Lleva en una bandeja una tarjeta bajo sobre y la presenta a Antoñita.*)

EL UJIER — Esta señora desea hablar particularmente a la señora.

ANTOÑITA — (*Que ha roto el sobre. Con estupefacción.*) ¡A mí!

EL UJIER — Sí, señora. Ha insistido mucho. Dice que es muy urgente.

ANTOÑITA — Bien... Bien... Dígala usted que pase.

ESCENA IX

ANTOÑITA *y* ANA.

ANTOÑITA — ¿Es a mí, señorita, a quien quiere usted?...

ANA — Sí, a usted. ¿Está mi padre aquí todavía?

ANTOÑITA — Está en su despacho.

ANA — ¡Bueno! ¡Llego a tiempo! ¿Podemos hablar cinco minutos sin que nos moleste nadie?

ANTOÑITA — (*Entre asombrada y sorprendida.*) ¡Sí, sí!...

ANA — Además, acabaremos en seguida. Oiga usted: los periódicos que defienden a mi padre vienen publicando, desde hace algún tiempo, artículos y notas en los que se afirma que el documento que se va a leer esta tarde en la Cámara no tiene ninguna importancia.

ANTOÑITA — ¡Esos periódicos dicen la verdad!

ANA — No; esos periódicos mienten. El marqués de la Chamaille va a llevar a la Cámara una prueba de la culpabilidad de mi padre. Pero una prueba definitiva, aplastante...

ANTOÑITA — ¡Eso es falso!

ANA — ¿Pero realmente no lo sabía usted?

ANTOÑITA — Le repito a usted que...

ANA — ¡Tsé, tsé! Dejémonos de palabras inútiles. Yo no sé si finge usted, si miente o si es usted sincera... Ni me importa eso ahora... Pero estoy segura de lo que digo.

ANTOÑITA — Señorita, le juro a usted que...

ANA — ¡Cállese usted! Oiga esta carta. Es una carta que mi padre le escribió a Zambaux, el 14 de mayo ha hecho año y medio: «Mi querido amigo: A petición mía se ha levantado la sesión y la discusión se ha aplazado hasta mañana. Yo no he querido pronunciar hoy mi discurso por no haber recibido sus noticias como era lo convenido. No creo que tenga necesidad de recordarle nuestra conversación y espero que esta misma noche hará usted lo necesario para que estemos de acuerdo. Cordialmente suyo...»

ANTOÑITA — Esa carta me parece... vaga.

ANA — ¿De veras? (*Irónicamente.*)

ANTOÑITA — Bueno; ¿y a quién está dirigida esa carta? ¿Y qué fecha tiene?... ¡Ah!

ANA — Estas líneas las ha escrito mi padre en una carta telegrama. El nombre y la dirección de Zambaux están escritos al dorso y la fecha se ve claramente en el sello del correo.

ANTOÑITA — ¡Pero eso no puede ser!... ¡Eso es imposible!...

ANA — Vea usted estas dos fotografías. Aquí tiene usted el anverso y el reverso de la carta. Vea usted como corresponden los

dobleces, las rayas... Todo...

ANTOÑITA (*Confundida.*) ¡No, no! ¡Esto es imposible!... ¡Esto es insensato!... Mi marido es incapaz de una acción vergonzosa...

ANA ¡Oh! ¡Déjese de historias! A mí no me engaña usted... ¡Nos conocemos, amiga! Hace mucho tiempo que Aquiles Cortelon se vende, se prostituye, por instigación de usted!... Lo que pasa es que ahora se horroriza usted, porque ahora es cuando usted descubre que ha hecho de él, no sólo un miserable, si no un pobre demente que se ha perdido y la ha perdido a usted. (*Pausa larga.*)

ANTOÑITA (*Que se ha repuesto un poco.*) ¡Vamos!... ¡Vamos!... Todo eso es muy bonito... Muy bonito... Pero un poco sospechoso... ¿Quién le ha proporcionado a usted, señorita, esas preciosas fotografías?

ANA Vicente Leclerc.

ANTOÑITA ¿Leclerc?

ANA Sí. El es el que me ha revelado la verdad. Desde hace tiempo yo se lo venía suplicando...

ANTOÑITA ¿Pero es posible que Leclerc, el hombre rígido, implacable, le haya dado a usted eso, haciendo traición a su partido?

ANA Leclerc no traiciona a su partido. Los socialistas no quieren hacerle el juego a las derechas. Ellos van a descalificar a mi padre, pero no pretenden enviarlo a presidio. Esto es, por lo menos, lo que me acaba de decir Leclerc.

ANTOÑITA Me extraña mucho esa compasión de Leclerc a última hora.

ANA No. Leclerc no ha hecho esto por compasión, ni siquiera por la amistad que me tiene. Si ha entregado este secreto, es por usted.

ANTOÑITA ¡Por mí!

ANA Sí, por usted... Yo me he encargado de una comisión que no me va. ¡Qué le vamos a hacer! Lo he prometido y lo cumplo... Estoy enterada de toda la historia entre Leclerc y usted.

ANTOÑITA Pero, ¿de qué historia?

ANA ¡Oh! Eso para usted no tiene importancia, ya lo sé. No han pasado ustedes de un platonismo inocente. Pero para ese muchacho reconcentrado, insociable, casi salvaje, es muy distinto. El recuerdo de usted es la única novela de su vida...

ANTOÑITA Pero, señorita, le aseguro...

ANA Bueno, mire usted; en una palabra: Leclerc me ha prevenido del peligro que corre usted... Y yo vengo a pedirle a usted que avise a mi padre. Eso es todo. *(Pausa.)* ¿De modo que?...

ANTOÑITA *(Que no ha cesado de meditar y de calcular, levanta la cabeza.)* Perfectamente, Cortelon no irá a la Cámara.

ANA ¡Cómo, que no irá!... ¡Pero, desgraciada, que vaya, que vaya a toda costa!... Póngale usted al corriente para que no caiga en la emboscada que le preparan. Así, él no negará el hecho material... Pero es preciso que se adelante, que declame, que embrolle la cuestión... ¡Ah! Seguramente hoy es el último día de su vida pública... Pero quizá se compadezcan de él. ¡Tal vez le evitaremos el grillete!... ¡De todas maneras, esa es la única probalidad que tiene! ¡Quedarse aquí es confesar, arrodillarse, presentar el cuello!... ¿Me comprende usted? Diga. ¿Me comprende usted? *(Agarra de los brazos a Antoñita, que la rechaza.)*

ESCENA X

Dichos y CORTELON.

CORTELON (*Deteniéndose al ver a Ana.*) ¡ Ana !

ANA (*Mirándole.*) ¡ Sí, Ana !

CORTELON ¡ Estás aquí con... !

ANA Sí... Ya sabrás... Ya te dirán... (*Silencio. Atravesando la sala y yendo a su padre, a quien coge de los hombros.*) ¡ Tú ! ¡ Tú !

CORTELON ¿ Pero, qué ?... No te entiendo...

ANA Mírame. Hace cuatro años me hicistes una visita, una sola... No has vuelto a ir a mi casa...

CORTELON ¿ Una visita ? ¡ No ! Te engañas... no me acuerdo...

ANA ¡ Déjate de necedades, papá ! Ahora vivo en la plaza de Italia... 16, plaza de Italia... Si alguna vez te encuentras... no sé... triste, solo... en fin, abandonado... vente a mi casa... No tengas miedo. Serás bien recibido y respetado.

CORTELON Pero, Ana, te aseguro... que... no te entiendo...

ANA ¡ Sí, sí !... Acuérdate... ¡ Adiós !

ESCENA XI

ANTONIA *y* CORTELON.

(*Largo silencio. Cortelon circula temerosamente por el salon. Antoñita le sigue con una mirada perversa. Al fin.*)

ANTOÑITA ¡ Sabes que estás perdido !

CORTELON ¡ Cómo !

ANTOÑITA ¡ Toma ! (*Le tiende las fotografías, que coge Cortelon.*)

COSTELON (*Después de examinarlas.*) ¿ Qué es esto ?

ANTOÑITA ¡Oh! ¡No vayas ahora a hacerte de nuevas!... ¿Por qué has enviado esa carta a Zambaux?... ¿Eh?... ¡Contesta!... ¿Para que tuviera al respaldo el sello y la fecha y la dirección... y no puedas defenderte siquiera?... (*Silencio.*) ¡Pero contesta, contesta, por lo menos. ¡Contesta!

CORTELON No sé. No me acordaba ya... Sí, ahora me parece que... ¡Sí, nos corría mucha prisa!... Tú misma me encargaste...

ANTOÑITA ¿Pero no pudiste enviarle una nota a la máquina? ¿No? ¿O el teléfono?

CORTELON Estábamos sin dinero, amenazados de un embargo...

ANTOÑITA Y era una razón para comprometerte tontamente... estúpidamente...

CORTELON Estabas aquel día hecha una furia...

ANTOÑITA (*Llorando de rabia.*) ¡Qué imbécil eres! ¡Qué imbécil! ¡Qué imbécil!...

CORTELON ¡No tengo yo la culpa! Cuando me haces sufrir, soy tan desgraciado, tan desgraciado, que...

ANTOÑITA ¡Oh! ¡No vayas a echarte a llorar ahora!

CORTELON Además, no es un caso desesperado.

ANTOÑITA ¡Cómo! ¡Ya lo verás, ya! Te van a enviar al Elíseo... (*Pausa.*) ¡Y que haya yo vivido diez y seis años al lado de un ser como éste! ¡Que haya yo soportado este marido, al que no quiero, al que no he querido nunca!

CORTELON ¡Antonia!

ANTOÑITA Pero qué, ¿es que te enteras ahora?... ¡Y que me haya yo ingeniado en servirle, en empujarle al poder para que!...

CORTELON ¡Oh! basta ya, basta... ¿Qué es eso que estás diciendo? Tú no has sido más que mi perdición. ¡Tú me has llevado a la vergüenza, al fango, a la deshonra!...

ANTOÑITA Yo te he salvado dos veces.

CORTELON ¡Sin ti, yo sería aún respetado y admi-

rado!

ANTOÑITA Ya, ya conozco tu vieja cantinela...

CORTELON ¡Miserable!

ANTOÑITA ¡Mira Leclerc! Ese no se ha dejado corromper.

CORTELON ¡Miserable! (*Señalándola.*) ¡Mi mujer!...

ANTOÑITA ¡Me has dado tu nombre! ¡Vaya un regalo! Yo te he dado mi juventud, mi belleza...

CORTELON ¡Se lo has dado a tantos!

ANTOÑITA Los otros, al menos, no me repugnaban.

CORTELON Pero, ¿es que tú conoces la repugnancia?

ANTOÑITA No les quería. Pero eran jóvenes, eran guapos.

CORTELON O tenían dinero. ¿Y qué? ¿No te he dado yo dinero? ¡Yo te he traído todo el que ganaba, todo el que robaba!

ANTOÑITA Bueno, pues te odio, ¿lo oyes? Te odio.

CORTELON ¡ Y si te matara!

ANTOÑITA ¡Tú! ¡Tú no eres capaz de matar a nadie! ¡Ni siquiera tú te matarás!

CORTELON Tienes razón. Soy demasiado cobarde. Pero, escúchame, nena. Escúchame bien. ¡En este momento veo claro, muy claro! ¡Me encuentro muy despierto! Escúchame. Te voy a plantar en la calle... (*Antonia sonríe.*) ¡Ríete lo que quieras!... ¡Esta vez me siento con la fuerza necesaria y te echo!... Ahora te tocará a ti quejarte y gemir. Porque tú lo acabas de confesar y es verdad. Tú tienes en la masa de la sangre a París, tus triunfos, tu rango, tus amantes...

ANTOÑITA ¡Viejo idiota! Te olvidas de que esta tarde vas a quedar deshonrado públicamente y que mañana tal vez estarás en un calabozo!

CORTELON (*Que muestra una exaltación inquietante.*) ¡No cuentes con eso! ¡Yo me siento fuerte como en mis mejores días! ¡Dentro de un momento los tendré cara a cara! ¡Me

arrojaré sobre ellos! ¡Los asombraré y me aclamarán! ¡Tendré el mayor triunfo de toda mi vida! Todo el mundo desfilará para darme la mano, y esta noche recibiré mil cartas de felicitación... No lo crees, ¿verdad? Pues no te quepa duda, amiguita. Y seré presidente del Consejo, pero tú ya no compartirás mi suerte. Puedes ir haciendo tu equipaje... Yo me iré a vivir con Ana, con mi hija querida. ¡Seré honrado! ¡Seré glorioso! ¡Seré un gran ciudadano!... ¡Y si alguna vez te echo de menos, a ti o tus besos, bajaré a la calle, agarraré la última muchacha del arroyo y pensaré que todavía he ganado en el cambio!

ANTOÑITA ¿Has acabado?

CORTELON He acabado.

ANTOÑITA Pues mira, mi buen Aquiles, tú no desvarías más que a medias... Yo no estoy completamente segura de que tú formarás el próximo Gobierno, pero de lo que sí estoy absolutamente segura es de que vamos a vivir cada cual por su lado.

CORTELON No tan segura como yo.

ANTOÑITA ¡Oh! ¡tú! Antes de diez minutos empezarás a sufrir.

CORTELON ¡Pfff!

ANTOÑITA ¡Antes de diez minutos! ¡Y mañana, lo más tarde, te humillarás, te arrastrarás, rugirás!

CORTELON Mañana, triunfaré.

ANTOÑITA ¡Rugirás de dolor! ¿Pero no te enseñan nada las experiencias? ¡Tú eres mío, buen hombre, tú eres mío! ¡Mañana rugirás! Y te responderán estas paredes.

CORTELON No tendrán ese trabajo.

ANTOÑITA Pásalo bien.

CORTELON ¡Adiós!

ESCENA XII

CORTELON, *luego un* UJIER.

CORTELON (*Solo.*) ¡Uf! (*Silencio. Se sienta.*) ¡Uf! (*Nuevo silencio.*) ¡Qué miserable! ¡Qué miserable! (*Sacando el reloj.*) Las cinco y diez. ¡Pronto! ¡Pronto! (*Recoge las cuartillas de su discurso, las coloca sobre la mesa y las lee en voz baja, gesticulando.*) ¡Esto va bien, muy bien!... ¡Muy bien!... No hay que cambiar nada... (*Pausa.*) ¡Oh! ¡Quisiera que estuviera muerta! ¡Muerta!... (*Al cabo de un momento vuelve a emprender la lectura, con iguales gesticulaciones.*) ¡Ah! «Esa carta, esa simple nota que ni siquiera tiene fecha...» Sí... (*Pausa.*) Pues bien, «esa carta que por una circunstancia peregrina, lo reconozco, lleva precisamente la fecha...» (*Aparece el ujier.*

EL UJIER El capitán de seguridad, señor André, desea hablar al señor ministro.

CORTELON Que pase.

ESCENA XIII

CORTELON *y el* CAPITÁN

CAPITÁN ¿Puede decirme el señor ministro cuánto tiempo tardará aún en salir para la Cámara?

CORTELON Una media hora escasa.

CAPITÁN Yo me permito aconsejarle que salga en seguida.

CORTELON ¿Por qué?

CAPITÁN Dispongo de muy poca fuerza y se están formando grupos delante del ministerio. Parece que hay agitadores. No son peli-

grosos, no hacen más que gritar, pero, de todas maneras...

CORTELON ¿Gritan?... ¿Pero qué es lo que gritan?

CAPITÁN ¡Estupideces!

CORTELON ¿Pero qué?...

CAPITÁN Siempre lo mismo... «¡Mueran los ladrones!...» Y luego dicen: «¡Saldrá!... ¡No saldrá!» Se les oye desde aquí... (*En efecto, un rumor creciente llega hasta la habitación.*) La Prefectura no había previsto que...

CORTELON ¡Está bien! ¡Voy! ¿Quiere usted hacer el favor de llamar a mi secretario?

CAPITÁN ¡A la orden del señor ministro!

ESCENA XIV

CORTELON, *y el* UJIER *cuando se indica.*

CORTELON (*Solo.*) ¡Vamos!
(*Recoge sus papeles y sin dejar de leer va a tocar un timbre. Aparece el ujier.*)

CORTELON Dígale usted a la señora que haga el favor de venir un momento.

EL UJIER Bien, señor ministro.

CORTELON (*Deteniéndole.*) En seguida, ¿eh? Dígale que me tengo que marchar inmediatamente y quiero hablarla antes.

EL UJIER Bien, señor ministro.

CORTELON (*En el momento en que el ujier llega a la puerta.*) Dígale usted a la señora que tengo que preguntarla una cosa urgente. (*El ujier sale. Cortelon solo.*) «Pedirle a un hombre público que pertenece a veinte comisiones, que escribe o recibe diariamente cincuenta cartas...» (*Entra el ujier.*)

EL UJIER La señora ha salido.

CORTELON ¿Eh?

EL UJIER La señora ha dejado esta carta para el se-

ñor ministro.

CORTELON (*Rompiendo el sobre y leyendo la carta, exclama, sobresaltado.*) ¿Qué es esto? ¿Quién le ha dado a usted esta carta?

EL UJIER La doncella de la señora.

CORTELON ¡Pero la señora no ha salido!...

EL UJIER Sí, señor ministro.

CORTELON ¡Que no!

EL UJIER Señor ministro, mi compañero ha visto bajar a la señora.

CORTELON ¡Le digo a usted que la señora no ha salido!

EL UJIER La señora hasta ha mandado que la lleven un saco de viaje...

CORTELON ¡No, no ha salido!... ¡El boulevard está atestado de gente!... La señora está abajo... ¡Vaya usted corriendo!... Dígala...

EL UJIER Señor ministro, hace más de cinco minutos que...

CORTELON ¿Me oye usted? ¡Vaya usted inmediatamente y dígale a la señora que es menester que suba, que es menester que yo la hable, que es menester que yo la vea! ¡Vaya usted!...

EL UJIER (*Aturdido.*) ¡Bien, señor ministro!

CORTELON ¡Pero vaya! ¡Vaya inmediatamente!

ESCENA XV

CORTELON, *luego* DOULERS *y después el* UJIER.

CORTELON (*Solo.*) ¡No! ¡no! ¡Esto no! ¡esto no!... (*Volviendo a coger la carta de Antonia, que estaba en el suelo.*) ¡No!... ¡No!... Todo menos esto!... ¡Esto no! (*Entra Doulers. Cortelon se precipita sobre él y lo agarra por la garganta.*) Dime, ¿dónde está Toto?

DOULERS ¡Pero suéltame!

CORTELON (*Sacudiéndole.*) ¿Dónde está Toto?

DOULERS ¡Pero suéltame!... ¡Déjame que te explique!...

CORTELON ¡Bandido! ¿Dónde está tu hija?

DOULERS Escucha, hombre...

CORTELON (*Soltándole.*) ¡Habla! ¡Habla!... ¿La has visto?

DOULERS Sí, por casualidad... Hace un momento... Ha pasado su «auto» cerca de los Inválidos...

CORTELON ¡Y qué! ¿La traes?

DOULERS ¡No ha habido manera! ¡Ya la conoces!... No hemos hablado más que cuatro palabras... Ella me ha dicho eso de la carta a Zambaux... ¡Ah! ¡Qué error!... ¡No hay más remedio que dar un golpe de audacia! ¡Hay que jugarse el todo por el todo ahora!

CORTELON ¡Quiero ver a Toto!... ¡Toma, lee! Me dice que no vivirá una hora más con un criminal y que se escapa con su amante... Que se expatría... ¡Esto no es más que una farsa, ¿eh?... ¡Para castigarme!...

DOULERS ¡Pfff! ¡Déjame en paz con Toto!... ¡Ocúpate ahora de lo principal! ¿Sabes siquiera lo que vas a decir?... ¿Has preparado algo?

CORTELON ¡Sí, sí, sí! ¡Pero es preciso que yo vea a Toto!... ¡Está jugando conmigo de una manera horrible!... ¡Debe andar por ahí!

DOULERS ¡Puede ser! ¡Pero no hagas chiquilladas! ¡Piensa en la interpelación! ¡Piensa en todos esos caníbales que te acechan! ¡Piensa en el peligro!...

CORTELON (*Sentándose.*) ¡Toto!...

DOULERS ¡Toto!... ¡Toto!... ¿Pero no te encuentras bastante humillado, bastante destrozado, que pides más?... ¿Es que te gusta eso? (*Entra el ujier.*)

EL UJIER Señor ministro, he preguntado a todo el mundo... La señora ha salido, efectivamen-

te, hace un cuarto de hora.

DOULERS ¡ Está bien ! ¡ El gabán y el sombrero del señor !... (*Vase el ujier. Fuera crecen los rumores.*) ¡ Vamos, Aquiles, déjate de tonterías !... ¡ Oye la tempestad que se viene encima !... Dentro de nada no podremos pasar. ¡ Toma tus papeles ! ¡ Anda, vamos !...

CORTELON ¡ Imposible, Julio ! ¡ Imposible !... ¡ Toto me quiere hacer rabiar, me quiere castigar ! ¡ Pero yo no me muevo de aquí hasta que la vea ! (*Tira al suelo las cuartillas.*)

DOULERS Pero, ¡ qué haces !

ESCENA XVI

Dichos, el CAPITÁN.

CAPITÁN Señor ministro, no hay que perder un segundo !... La manifestación toma muy mal carácter. Empiezan a tirar piedras sobre el ministerio...

DOULERS Bueno, ¿ y la salida ?

CAPITÁN Por la parte de atrás... Por allí aún no hay gente.

CORTELON ¡ Pero entonces, cuando vuelva mi mujer, la van a herir... la van a matar !

DOULERS ¡ No te inquietes por eso !

CAPITÁN Su señora no se acercará mientres dure la manifestación. Eso es seguro.

ESCENA XVII

Dichos, el UJIER, *que lleva un gabán y un sombrero de copa, un* AGENTE *de seguridad.*

DOULERS (*Al ujier.*) ¡ Traiga !... Toma, ponte el gabán.

CORTELON ¡No, no, no! ¡No me moveré de aquí hasta que vea a Toto!

DOULERS Pero, bueno, Aquiles, tú divagas... ¡Me aterrorizas!...

CORTELON (*Hosco, vacilante.*) ¿Pero, no comprendes? ¡Es que me está castigando!... ¡Y no es posible! ¡No es posible!... ¡No podría hablar! ¡No encontraría las palabras... balbucearía... me perdería!... ¡No, no!... ¡Es preciso que la vea!

DOULERS ¡Qué miseria de humanidad!... Pero, Aquiles, esta noche...

CAPITÁN (*Al agente.*) No, no... ¡No hay peligro! Las puertas son fuertes... Además, vamos a ver si nos las entendemos con esas gentes. (*A Cortelon.*) He pedido las brigadas centrales, señor ministro, pero le ruego que se dé prisa, no sea que nos cojan también la otra calle...

(*Vase, seguido del agente y se cruza con dos señores que entran.*)

ESCENA XVIII

CORTELON, DOULERS, GERARD, GERMOT *y el* UJIER.

GERARD Señor ministro, es la hora... Creo que deberíamos tomar un «simón»... Es lo más prudente.

CORTELON ¡Eh, Gerard!... ¿Estaba usted abajo?... ¿Y mi mujer?... ¿Ha vuelto ya?... ¿La ha visto usted?

GERARD No, señor... ¡Además, con tanta gente!... Aquí está el señor Germot.

GERMOT Señor ministro... El señor presidente me envía para rogarle a usted que se apresure...

DOULERS Señores, es espantoso... Aquí le tienen ustedes... (*Volviéndose bruscamente al ujier.*)

¿Qué hace usted ahí?

EL UJIER Yo, señor...

DOULERS ¡Ande, lárguese!... (*Le arranca de las manos el sombrero de Cortelon. Vase el ujier.*) El señor Cortelon se niega a ir a la Cámara.

GERARD ¿Cómo?

DOULERS Háblele usted, Gerard, háblele usted.

GERARD (*Esforzándose por reir.*) ¡Pero, señor ministro, que le está esperando a usted todo el mundo!

CORTELON ¡Me quedo aquí!... He dicho que no voy.

DOULERS ¡Aquiles, querido Aquiles!... ¡Hazlo por mí! (*Tendiendo el gabán a Gerard.*) ¡Ayúdele!...

CORTELON ¡Es inútil!... ¡No me muevo!

DOULERS ¡Está loco! ¡Completamente loco!... ¡Y tiene un discurso estupendo que pondría las cosas en su lugar!... (*De rodillas, va recogiendo las cuartillas del discurso.*) ¡Escúchame, desgraciado! Si dentro de diez minutos no estás en la Cámara, al lado del Gobierno, es el derrumbamiento, es la ruina!

CORTELON (*Desplomado, con la mirada fija.*) ¡Me es igual!

DOULERS ¡Te procesarán! ¡Te detendrán! ¡Antes de cuarenta y ocho horas estarás en la cárcel!

CORTELON ¡Me es igual!

DOULERS ¡Germot!

GERARD ¡Sí, Germot, a ver si usted!... (*Le da el gabán a Germot.*)

GERMOT Señor ministro, va usted a derribar el Gobierno!

CORTELON ¡Me es igual!

GERARD ¡Y sus amigos, señor ministro! ¡Y su partido!

DOULERS ¡Sí, hombre, sí! Piensa en nosotros, ¡por Cristo vivo! ¡Me comprometes a mí! ¡Me arruinas!

CORTELON ¡ Me es igual !

DOULERS ¡ Entonces, tú no eres más que un cerdo, y te voy a llevar a la fuerza !
(*En el momento en que se prepara a agarrar a Cortelon, dos o tres piedras rompen los cristales y van a caer en el salon, cerca de ellos.*) ¡ Bueno ! ¡ No faltaba más que esto !
(*Los tres individuos, jurando y perjurando, se refugian en el quicio de una puerta. Cortelon no se mueve.*)

DOULERS ¡ Aquiles, por última vez !... ¡ Aun es tiempo !... ¡ Hazlo por ella !

CORTELON (*Levantándose.*) ¡ Pues tráela !... ¡ Que yo la vea !... ¡ Que yo la vea nada más que un minuto !... ¡ Que yo la vuelva a ver !

DOULERS ¡ Pero desdichado, si ha huído !... ¿ No sabes que ha huído !... ¿ Cómo quieres que vuelva, si en este momento se embarca con ese Germán ?...

CORTELON ¡ Mientes ! ¡ Mientes ! ¡ Mientes !... ¡ Ahora nadie me arrancará de aquí !... ¡ Toto va a venir ! ¡ Yo la espero y aquí me encontrará ! ¡ Y si no viene, si tú no has mentido, entonces, me río de ti, de mí, de todos ! ¿ Has oído ? ¡ Toto, Toto !

GERMOT (*A quièn los otros dos han empujado hacia adelante.*) Señor Cortelon, en nombre del país, en nombre del Gobierno, de la República...

CORTELON (*Con un gesto de desprecio.*) ¡ Me río, me río de todo ; que venga ella... (*Caen nuevas piedras.*)

DOULERS ¡ Oh ! ¡ Después de todo, si él quiere que le rompan la cabeza... vámonos !

ESCENA XIX

CORTELON, *luego* DOULERS.

CORTELON (*Solo, y mientras se oyen gritos y golpes sordos dados en la puerta cochera.*) ¡Toto de mi vida! ¡Nena mía! ¡Bebé!... ¡Perdóname!... ¡Yo te pido perdón!... (*Pausa.*) ¡Ven! Ya verás... Ya verás... Los venceré... Oye mi discurso... Oye... «Señores, vosotros deberíais comprender...» ¡No, no! ¡No es así!... La cabeza alta y mirando hacia la derecha: «Señores, deberíais comprender que ahora preferiría mil veces morir, antes que renunciar a que me haga justicia la patria, que nos escucha!... Señores, el hombre que está ante vosotros en este momento, el viejo republicano que tantas veces ha subido a esta tribuna para... Morir... Morir... Morir... (*Divagando.*) ¡Toto! ¡Vida mía! ¡Querida! ¿dónde estás?... ¡Morir!... ¡Morir!... (*Se ha vuelto hacia la ventana, oyendo gritos espantosos*) ¡Bravo! ¡Buena carga!... ¡La brigada!... ¡Ah! Ya se despeja... ¡Toto podrá pasar!... (*En este momento, una piedra viene a herirle. Vacila y se vuelve con el rostro ensangrentado.*) ¡Criminales! ¡Asesinos! ¡Que asesinan al pueblo!... ¡A las barricadas!... ¡A las barricadas! (*Canta.*)

La Commune dans les batailles
Déployait à leurs yeux surpris...
Venez! venez!... En avant!...

(*Sube a la silla y de la silla a la mesa.*)

Contre les bougres de Versailles
Le drapeau rouge de Paris!
Le drapeau rouge...

(Los ruidos de la calle han cesado. Se oyen voces en la galería. Aparecen Doulers y Gerard, con algunos diputados que se han traído de la Cámara para intentar el último esfuerzo. Todos se quedan estupefactos a la vista de este gran viejo demente.)

CORTELON *(Con la cara embadurnada de sangre.)* ¡ Viva la Commune ! ¡ Viva la Commune !

DOULERS ¡ Aquiles !

CORTELON *(Bailando sobre la mesa.)* ¡ Dansons la Carmagnole ! ¡ Vive le son ! ¡ Vive le son !...

TELÓN

OBRAS PUBLICADAS
POR LA BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

En Flandes se ha puesto el Sol.

Montmartre.

El Alcalde de Zalamea.

Divorciémonos.

El Carnaval de los Viejos.

Bajo la Zarpa.




TEATRO
MVNDIAL